



EDIFICACI

DE

VINA



10

X

45







10-X-45



Ex Libris
Duque de Arcos
N^o 2162

Educación

DE LAS

NIÑAS

POR M. DE FENELON,

ARZOBISPO DE CAMBRAI.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS,

de la última y nueva edición

POR ****

Con licencia:

BARCELONA: POR JOSÉ RUBIÓ.

1829.

Vendese en la libreria de José Solá.



R. 21.21



LIBRARY

1843

LIBRARY

Esta obra está bajo la proteccion de las leyes para el derecho de propiedad, y los ejemplares están rubricados y numerados al pie de esta nota.

~~602~~ ~~1843~~
de la biblioteca

1843

BARCELONA POR JOSE RUIZ

1843

Impreso en la imprenta de Jose Ruiz

EDUCACION

DE LAS

NIÑAS.

CAPÍTULO I.

De la importancia de la educacion de las niñas.

~~Continuacion~~

NADA vemos mas descuidado que la educacion de las niñas. La costumbre y el capricho de las madres suelen generalmente decidir de todo en este punto, suponiendo que este sexo necesita poca instruccion; al mismo tiempo que se mira la educacion de los niños como una de las principales atenciones que exige el bien publico: y aunque no veamos en ella menores defectos que

en la de las niñas, todos están convencidos de que son indispensables unos conocimientos estensos para lograr el acierto. Los sabios de mayor nota se han esmerado en prescribir reglas para esta importante materia. Muchos son los colegios y preceptores que vemos por todas partes dedicados á tan laudable fin, haciendose espensas considerables para hacer gemir la prensa con la publicacion de varios libros dirigidos á procurar descubrimientos científicos, para metodizar la enseñanza de los idiomas, y para acertar en la eleccion de buenos profesores: mas por desgracia todos estos preparativos, tan costosos como á veces inútiles, mas tienen de apariencia que de solidez; sin embargo de que manifiestan á lo menos la idea elevada que se tiene de la educacion de los jóvenes. No asi en cuanto á las niñas, suponiendo que no es preciso que sean sabias, porque la curiosidad las hace vanas y presumidas, y que toda su ciencia debe cifrarse en saber gobernar á su tiempo sus casas y obedecer ciegamente á sus maridos. Tal es la opinion mas comun,

apoyándose en la esperiencia de varias mugeres á quienes el deseo de saber y la ciencia misma que habian adquirido las hizo ridículas; deduciéndose de todo esto que debe entregarse ciegamente la educacion de las niñas á la direccion de madres ignorantes é indiscretas.

No hay duda que es muy de temer que las mugeres se hagan ridículas queriendo parecer sabias. Las mugeres están dotadas generalmente de un espíritu mas débil y mas curioso aun que los hombres, por lo cual no conviene darlas unos estudios que pudieran encapricharlas: y como no deben dirigir el estado ni hacer la guerra, ni menos egercer los ministerios sagrados, pueden prescindir de aquellos conocimientos profundos que ecsigen la política, el arte militar, la jurisprudencia, la filosofía y la teología. Ni tampoco les conviene el profundizar la mayor parte de las artes mecánicas, pues su misma constitucion las dirige á los ejercicios moderados. Su cuerpo, asi como su espíritu, es menos fuerte y menos robusto que el de los hombres,

pero en cambio la naturaleza las ha formado industriosas, aseadas y económicas para ocuparse tranquilamente en los quehaceres domésticos.

Pero ¿que consecuencias pretenden deducir de esta debilidad natural de las mugeres? Si nacen y son débiles, ¿acaso no es de la mayor importancia el fortificarlas? no tienen ellas deberes que cumplir, y que son el fundamento de toda la vida humana? no son ellas las que arruinan ó sostienen las casas, las que arreglan todos los pormenores de las cosas domésticas, y que por consiguiente deciden de cuanto interesa de mas de cerca á todo el género humano? ¿No es pues preciso que tengan una parte principal y mayor influjo en las buenas ó malas costumbres de casi todo el mundo? Una muger juiciosa, aplicada y poseida de máximas de la religion santa es el alma de toda una grande familia, arreglando en ella todo cuanto se dirige á la buena distribucion y conservacion de los bienes temporales y á la salud de los espirituales. Aun los hombres á quienes se confia toda la autori-

dad publica, por mas que aciertan en las deliberaciones, no pueden realizar el bien sin el auxilio de las mugeres.

No siendo el mundo una fantasma, y sí el conjunto y reunion de todas las familias, ¿quien puede civilizarlas mas cuidadosamente que las mugeres, cuando á su autoridad natural y á la continua estancia en su casa reunen la ventaja de haber nacido hacendosas, aplicadas, industriosas insinuantes y persuasivas? ¿Podrán acaso los hombres encontrar por sí mismos alguna dulzura en la carrera de su vida, si se le acibara la mas estrecha union cual es la del matrimonio? Y ¿qué será de los hijos que en la generacion venida han de formar todo el género humano, si las madres los pervierten desde su infancia?

Tales son las ocupaciones de las mugeres, que seguramente no interesan menos á la sociedad que las de los hombres; porque ellas tienen una casa que gobernar, un marido á quien hacer feliz, é hijos que educar bien: añádase á esto que la virtud no es menos propia de las mugeres que de los hombres, pues

prescindiendo por un momento del bien ó del mal que pueden causar á la sociedad generalmente, componen la mitad del género humano redimido con la sangre de Jesucristo y destinado á la vida eterna.

Considérese, en fin, no solo el bien que hacen las mugeres cuando han sido bien educadas, sino tambien el mal que ocasionan en el mundo cuando las falta aquella educacion que las inspira y las conduce á la virtud. Es indudable que la mala educacion de las mugeres causa mayores daños que la de los hombres, proviniendo los desórdenes y estravíos de estos tanto de la educacion viciosa que han recibido de sus madres, como de las pasiones que otras mugeres les han inspirado en su edad primera.

Fijemos nuestra atencion en las innumerables intrigas que nos presentan las historias, en los trastornos en las leyes y costumbres, en las guerras sangrientas, en las novedades en fin contra la religion; y en todo esto veremos patentizada la importante necesidad de educar bien á las niñas. Busquemos ahora pues los medios para conseguirlo.

CAPÍTULO II.

Inconvenientes de la educacion que regularmente se da á las niñas.



LA ignorancia en una niña la ocasiona el fastidio, sin saber en qué emplear inocentemente su tiempo. Al llegar á cierta edad sin haberse ocupado en cosas de utilidad y solidez, no pueden ya estas inspirarle ni gusto ni afición: lo serio le parece triste; lo que merece una atención no interrumpida, la molesta; la inclinación á los placeres, tan fuerte en la juventud, como funesta, el ejemplo que le ofrecen otras jóvenes de la misma edad entregadas totalmente á los pasatiempos, todo le hace odiar la solidez de los verdaderos é inocentes placeres que lleva consigo una vida arreglada y laboriosa. En la edad primera, la falta de esperiencia y de autoridad para dirigir algun asunto domés-

tico en la casa de sus padres impide que llegue á conocer la importancia de aplicarse á ello, á menos que su madre no haya tenido el cuidado de hacérselo observar detalladamente. Si es de clase distinguida, no hay que pensar en que se ocupe de trabajos domésticos; y si emplea algunas horas del dia en labores propias de su sexo, lo hará porque oyó decir sin saber el motivo, que la labor es muy decorosa á las señoritas; pero no trabajará frecuentemente sino por un mero cumplimiento, ni menos se acostumbrará jamás á un trabajo seguido.

En tal estado la mortifica y ecsaspera la compañía de una madre que la observa, que la reprende con aspereza, que funda su educacion en no disimular falta alguna, que le hace sufrir los efectos de su genio á veces intolerable, y que se le presenta como fastidiada y abrumada del peso de todas las inquietudes domésticas: la triste jóven solo ve á su alrededor mugeres aduladoras, que buscando los medios de grangearse su corazon con bajas y lisonjeras condescendencias, halagan todos sus capri-

chos, y ocupan su imaginacion con todo cuanto pueda hacerla mirar con tedio la virtud; siguiéndose de esto que la piedad le parece una ocupacion lánguida y desabrida, y la contemplacion un enemigo de todas sus diversiones. ¿En qué pues se ocupará? En nada que sea útil, sucediendo á esta inaplicacion una habitud irremediable.

Reconoce pues en sí un grande vacío, que desesperanzando de llenarle con cosas reales, se ve precisada á llenarlo de cosas frívolas é insustanciales: de aqui es que aletargándose una niña en esta ociosidad se abandona á la pereza; y la pereza, que sume el alma en un estado de languidez, es un manantial inagotable de displicencias. Esto le hace consumir en el sueño una tercera parte mas del tiempo necesario para conservar una salud perfecta, debilitándose su constitucion física, haciéndose mas delicada, y esponiendo su cuerpo á las revoluciones que le destruyen: cuando por lo contrario un sueño regular acompañado de un ejercicio moderado da á una persona el vigor y

robustez que forman la verdadera perfeccion del cuerpo, á mas de las ventajas que consigue el espíritu.

De esta molicie y ociosidad, unidas á la ignorancia, resulta aquella inclinacion tan perniciosa que se nota en las niñas hácia las diversiones y teatros, escitando en ellas una curiosidad discreta é insaciable.

Á las jóvenes instruidas y que se ocupan en cosas útiles y reales, no se les repara comunmente sino una curiosidad moderada: lo que saben les hace despreciar muchas cosas que ignoran, bien penetradas de la inutilidad y ridiculez de la mayor parte de las que se ven obligadas á aprender los espíritus superficiales que nada saben y que en nada se ocupan.

Al contrario, la imaginacion de las niñas mal instruidas é inaplicadas nunca se fija; pues su curiosidad, falta de alimentos sólidos, se vuelve ansiosa hácia los vanos y peligrosos. Las que tienen talento pasan muchas veces á ser presumidas, y se dedican á la lectura de libros que puedan alimentar su vani-

dad, aficionándose con exceso á romances, comedias, y á las relaciones de aventuras quiméricas en que reina el amor profano, volviéndose visionarias y acostumbrándose al language altisonante de los héroes de novelas, que en nada les aprovechan para la sociedad; porque todo aquel caos de sentimientos aéreos, todas aquellas pasiones generosas, todas aquellas aventuras inventadas por el autor de la novela para agradar, ninguna relacion tienen con los verdaderos motivos que hacen obrar en el gran mundo decidiendo de los negocios, ni con las equivocaciones que acompañan frecuentemente á las empresas mejor combinadas.

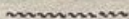
Una muchacha de escasos conocimientos, llena de la sensibilidad y entusiasmo que ha producido en ella la lectura de las novelas, queda atónita cuando busca y nunca encuentra en el mundo personage alguno que se parezca á tales héroes, y cuando eesaltada su imaginacion forman en su corazon los deseos mas ardientes de vivir como aquellas princesas imaginarias, que el

autor presenta siempre llenas de gracias y atractivos, con mil amantes que las adoran, y sin que esperimenten ninguna clase de necesidades. Cual ha de ser pues su disgusto cuando á la ficcion sucede la realidad, bajando desde la cumbre del heroismo hasta el último de los oficios domésticos!

Algunas hay que estienden mas allá su curiosidad, decidiendo con tono magistral las materias de religion á pesar de su incapacidad; otras que no atreviéndose á tanto y reduciéndose á una esfera proporcionada á su espíritu curioso, pretenden con ansia saber cuanto se dice y se hace, sea una cancion, una noticia, una intriga; quieren mantener correspondencia, recibir cartas, leer las que otros reciben; ecsigen que no se les oculte nada, para tener el gusto de publicarlo todo; la vanidad les domina, y la vanidad las hace habladoras; son volubles, y su volubilidad y ligereza les impiden entregarse á reflexiones que les harian guardar con frecuencia el mas profundo silencio.

CAPÍTULO III.

Cuales son los principales fundamentos de la educacion.



EL poder principiar la educacion de las niñas desde su mas tierna infancia es un medio poderoso para precaver todos los males que acabamos de indicar; pues esta primera edad, que se abandona al cuidado de mugeres indiscretas y algunas veces desarregladas, es la que recibe las impresiones mas profundas, y que por lo mismo tiene grandes relaciones con el resto de la vida.

El niño puede prepararse para recibir la instruccion aun antes de que sepa hablar perfectamente; y nadie podrá notar de arriesgada esta proposicion, si se atiende á lo que hace el niño aun antes de romper la palabra. El aprende naturalmente un idioma que habla

luego con mas exactitud que los sabios las lenguas muertas, á pesar de haberlas estudiado con tanto trabajo en la madurez de su edad. Pero ¿en qué consiste aprender un idioma? No en conservar en la memoria un gran número de palabras, sino, como dice San Agustin, en observar el sentido particular de cada una de ellas. El niño, continua, en medio de sus gritos y juegos nota en cada palabra la representacion ó el signo del objeto á que se refiere, ya considerando los movimientos naturales de los cuerpos que tocan ó manifiestan los objetos de que se habla, ya por la impresion que les hace la frecuente repeticion de una misma palabra para significar un mismo objeto. No hay duda que el temperamento del cerebro de los niños les da una facilidad admirable para recibir la impresion de todas estas imágenes; pero ¿cuanta atencion no se necesita para discernirlas y para aplicarlas cada una á su objeto?

Repárese igualmente como ya en esta edad corren tras de aquellos que les

halagan, y huyen de quienes les incomodan, como saben vocear ó callar para lograr lo que desean, y como ya desplagan su astucia y aun sus zelos. He visto, añade San Agustin, á un niño tan envidioso, que á pesar de no saber hablar miraba con un rostro pálido y ojos irritados á otro niño que con él mamaba.

No se dude pues que los niños conocen desde entonces mas de lo que comunmente se opina, y asi no será difícil aficionarlos por medio de palabras acompañadas de tonos y ademanes á personas virtuosas que se les presente, asi como separarlos de aquellas á quienes seria peligroso se inclinassen; y por lo mismo se les puede con la variedad de tonos de la voz hacer concebir horror de las personas que hayan visto coléricas ó afectadas de alguna otra passion desmedida, asi como por medio de sonidos de voz mas dulces y de un semblante el mas sereno imprimirles la admiracion y el gusto de lo que hayan visto ejecutar con tino y con modestia.

No pretendo dar un realce y un

valor extraordinario á estas cosas, però siempre estas disposiciones aunque lejanas son principios que no deben despreciarse, porque este método de corregir tan de antemano á los niños tiene consecuencias que facilitarán insensiblemente su educacion.

Si todavía quisiera alguno dudar del poder que ejercen sobre los hombres estas primeras impresiones de la infancia, vuelva la vista á sus primeros años y se convencerá de cuan vivo é interesante le es el recuerdo de cuanto ha amado en aquellos tiempos, aunque se encuentre en una edad avanzada. Si en lugar de inspirar á los niños aquellos vanos temores de fantasmas y duendes que solo sirven para debilitar su cerebro todavía tierno con las fuertes conmociones que les causan, si en lugar de permitirles que sus amas les imprimiesen con la leche que les alimenta ideas fanáticas sobre los objetos que deben amar ó aborrecer, se procurase siempre hacerles formar una idea agradable del bien, y la mas espantosa del mal, esta prevencion les facilitaria mu-

cho para lo sucesivo la práctica de todas las virtudes. Pero desgraciadamente todo se hace al revés: si ven á un clérigo vestido de negro, le escitan la idea del temor; no pronuncian la palabra *muerte* sin imprimirles el terror; si les hablan de muertos, ecsaltan su imaginacion llenándolos de pavor, contándoles que se aparecen de noche bajo figuras feas y espantosas, produciendo con esto la debilidad y timidez en su alma, que les hace mirar con tedio y aun con horror las cosas de mayor utilidad.

Lo mas esencial es cuidar escrupulosamente de la salud del niño en sus primeros años, formando su sangre benigna y apacible por medio de la elección de los alimentos y un régimen sencillo de vida, arreglando sus comidas de modo que coma siempre arreglado á las mismas horas; que coma con frecuencia, á proporcion de sus necesidades, pero nunca fuera de las horas señaladas por no sobrecargarle el estómago mientras que no está concluida la digestion; que no se le permita

manjar alguno picante que le incite á comer mas de lo necesario, y que le haga despreciar los alimentos mas convenientes á su salud: por fin, que no se le sirvan muchos platos diferentes, pues la variedad sostiene el apetito y hace comer con esceso.

Es tambien muy importante dejar fortalecer sus órganos no apresurando demasiado su instruccion, evitándole todo cuanto pueda despertar sus pasiones, y acostumbrándole poco á poco á privarse de aquellas cosas que ha manifestado desear ardientemente, á fin de que no se lisonjee de lograr todo cuanto se le antoje.

Por poco buena que sea la índole de los niños se consigue fácilmente hacerlos dóciles, pacientes, robustos, alegres y quietos; en lugar de que si se mira con indiferencia aquella misma índole en la primera edad, se vuelven fogosos é inquietos para toda su vida, se les irrita la sangre, van formándose las costumbres, y su cuerpo todavía tierno, y su alma indiferente aun á todos los objetos, se inclina y cede al mal,

formándose en ellos una especie de segundo pecado original, que es el manantial fecundo de mil desórdenes á que se entregan en su mayor edad.

Luego que su razon se haya desenvuelto es preciso que todo cuanto se les diga les inspire el amor á la verdad, y el odio á toda disimulacion; y por lo mismo nunca debe apelarse al artificio para apaciguarlos ó para persuadirles que hagan lo que se les manda, enseñándoles por este medio la vileza, el disimulo y la sutileza que nunca olvidarian: es preciso pues que en lo posible sean siempre guiados por la razon.

Pero ecsaminemos mas de cerca el estado de los niños para ver mas detalladamente lo que les conviene. La sustancia de su cerebro es blanda, endureciéndose todos los dias; en quanto á su espíritu, como nada saben, todo le es nuevo; la blandura de su cerebro hace que todos los objetos se impriman en él con la mayor facilidad, y la sorpresa de la novedad les causa la admiracion y la curiosidad. Es verdad que la humedad y blandura del cerebro uni-

das á un grande calor les da un movimiento fácil y continuo de lo que proviene aquella agitacion que no permite á los niños detener su imaginacion en objeto alguno, ni su cuerpo en ningun lugar.

De otra parte, como los niños no saben todavía ni pensar ni obrar por sí mismos, todo lo observan, y hablan poco sino se les acostumbra á hablar demasiado, lo que debe evitarse cuidadosamente. Muchas veces el placer y satisfaccion que se busca con los niños agraciados, los echa á perder; porque acostumbrados á decir todo cuanto les ocurre, y á hablar de cosas que no conocen aun distintamente, se les forma un hábito de juzgar toda su vida con precipitacion, y de hablar de cosas de que no han concebido ideas claras, resultándoles un carácter de espíritu muy malo y defectuoso.

Este placer que se quiere disfrutar con los niños produce un efecto pernicioso, pues reparando que son mirados con gusto, observados con atencion, y escuchados con complacencia, se acos-

tumbran á creer que el mundo se ocupará siempre de ellos.

Durante esta edad, en que todo se les aplaude y no se les hace experimentar contradiccion alguna, conciben unas esperanzas quiméricas que van preparándoles errores infinitos para toda su vida. He visto algunos niños que creian se hablaba de ellos siempre que se conferenciaba en secreto, por haber notado que lo hacian muchas veces, imaginándose con esto que todo en ellos era admirable y extraordinario. Es menester pues cuidar atentamente de ellos, sin que reparen que merecen mucha atencion; manifestarles que si se vigila sobre su conducta es por amistad y por la necesidad que tienen de ser dirigidos, y no por la admiracion que causen su talento y viveza. Contentémonos con formarles poco á poco segun las ocasiones que naturalmente se ofrezcan; y aun cuando pudieramos adelantarlos mucho sin fatigar su espíritu, temamos de hacerlo, porque el peligro de volverlos vanidosos y presumidos es mayor que el fruto que pueda repor-

tarse de aquellas educaciones prematuras que hacen tanto ruido.

Contentémonos pues de seguir y ayudar á la naturaleza: los niños saben poco, y no es menester escitarles á que hablen, bastante lo hacen, pues como ignoran muchas cosas tienen mucho que preguntar, y preguntan mucho. Respóndaseles entonces con precision, añadiéndoles ciertas comparaciones fáciles que les hagan mas perceptibles las aclaraciones que se les deben dar; y si juzgan de alguna cosa sin saberla bien, presénteseles alguna dificultad por medio de una nueva pregunta para que conozcan su falta, sin avergonzarlos con aspereza, haciéndoles entender de paso, no con alabanzas vagas y afectadas, sino con alguna muestra efectiva de estimacion, que mueven mas aprecio cuando dudan y preguntan lo que ignoran, que cuando deciden por sí mismos aunque acierten. Este es el verdadero medio de infundirles con la mayor finura una verdadera modestia, asi como la mayor aversion á contestaciones poco meditadas y tan comunes á los jóvenes poco instruidos.

Luego que su razon haya hecho algunos progresos puede valer mucho esta esperiencia para prevenirlos contra la presuncion. Ya ves, se les dirá, que en el dia eres mas discreto que un año atras, y dentro un año verás todavía cosas que no puedes conocer en el dia. Si el año pasado te hubieses empeñado en juzgar de cosas que ahora conoces, pero que entonces ignorabas, hubieras formado un concepto bien equivocado cometiendo una falta de consideracion en querer penetrar lo que era superior á tus alcances. Lo mismo te sucederia ahora respecto á lo que todavía no conoces, y la esperiencia te patentizará algun dia cuan imperfectos son tus juicios anuales: entre tanto déjate dirigir por los consejos de personas que piensan en el dia del mismo modo que tu pensarás cuando tengas su edad y hayas adquirido su esperiencia.

Siendo la curiosidad de los niños una inclinacion de la naturaleza, que es la precursora de la instruccion, no debemos despreciarla. Por ejemplo: si al ver un molino en el campo desean sa-

ber lo qué es, debemos manifestarles de que manera se prepara el principal alimento del hombre: si en el campo mismo se paran viendo trabajar á algunos segadores, y desean saber como se siembra el trigo y como se multiplica en la tierra; si en la ciudad se detienen en mirar los talleres donde se ejercen las artes, y las tiendas donde se venden varias mercancías, no deben incomodarnos sus repetidas preguntas, pues son ellas unas insinuaciones que la naturaleza nos ofrece para facilitar su instruccion; al contrario, manifestémosles que nos causan grande gusto, enseñándoles con esto insensiblemente el modo con que se forman las cosas que sirven para el uso del hombre y sobre las que gira el comercio. Asi conocerán poco á poco y sin estudio particular el medio de hacer todas estas cosas, asi como el justo precio de cada una de ellas, que es el grande fundamento de la economía. Estos conocimientos, que todos deben adquirir, pues que nadie debe dejarse engañar en lo que gasta, son necesarios principalmente á las niñas.

CAPÍTULO IV.

*De la imitacion que debe evitarse
en los niños.*



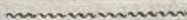
LA ignorancia de los niños, en cuyo cerebro nada se ha impreso todavía ni han contraído hábito alguno, les hace propensos y ágiles para imitar todo cuanto se les ofrece á la vista, lo que manifiesta la necesidad de presentarles siempre buenos modelos. Por esta razon solo debe permitírseles el trato con personas cuyos ejemplos puedan seguir con utilidad; pero como á pesar de todas las precauciones no es posible impedirles que vean cosas irregulares, se les prevendrá de antemano haciéndoles notar la importunidad de ciertas personas ociosas é indiscretas cuya reputacion nada podrá ofrecerles digno de su atencion, y haciéndoles igualmente ver cuan miserable es el hombre que se abandona á

sus pasiones y que no cultiva su razon. De este modo, sin acostumbrarlos á la mofa, estimarán la delicadeza y el verdadero decoro, sin abstenerse por esto de prevenirlos en general sobre ciertos defectos, aunque pueda temerse que observen las debilidades de las personas que deben respetar; pues ademas de que no es justo mantenerlos en la ignorancia de las verdaderas reglas ya indicadas, el medio mas seguro para contenerlos en su obligacion es el de persuadirles que deben disimular las faltas del projimo; que no deben juzgar con ligereza que pues parecen frecuentemente mayores de lo que son en realidad, y son compensadas por calidades muy apreciables; y que no encontrándose en la tierra ninguna cosa del todo perfecta, merece nuestra admiración lo que tiene menos defectos: por fin, aunque deben reservarse estas instrucciones para lo último, es preciso no obstante impregnarles de sus buenos principios y preservarlos de que imiten todo el mal que se les presente á su vista.

Es tambien necesario impedirles que remedem á las personas estravagantes ó ridículas, porque estos modales burlescos y cómicos tienen mucho de indecente y se oponen á delicadeza y buena crianza, debiéndose poner en esto el mayor cuidado por el fundado temor de que no tomen dichos modales, pues el calor de su imaginacion y la flecsibilidad de su cuerpo unida á su jovialidad, les permiten tomar con la mayor facilidad toda suerte de figuras para remedar cuanto notan de ridículo y estravagante.

Esta inclinacion á imitar que tienen los niños, produce males incalculables cuando se confian á sugetos que no conocen la virtud, que nada disimulan ni en nada se reprimen delante de ellos. Pero en esta misma inclinacion Dios ha dejado un medio con que se les puede fácilmente disponer á que abracen é imiten todo lo bueno que se les manifieste, lográndose muchas veces sin necesidad de proferir una palabra, determinarlos á hacer alguna cosa solo con presentarles el modelo á su vista.

CAPÍTULO V.

De las instrucciones indirectas.

NO CONVIENE OPRIMIR Á LOS NIÑOS.

CREO tambien que seria conveniente poner á la vista de los niños ejemplos prácticos, valiéndose con frecuencia de estas instrucciones indirectas que no son pesadas como las lecciones y reconvenciones.

Podria una persona preguntar alguna vez á otra en su presencia: ¿porque ha hecho V. tal cosa? Contestando luego la persona interrogada; por esta ó aquella razon. Por ejemplo. ¿Porque motivo ha confesado V. su falta? Porque hubiera cometido otra peor todavia si la hubiese negado cobardemente diciendo una mentira, y porque nada hay mas digno de aprecio que hablar con franqueza: he faltado. Luego la

primera persona puede alabar á la que tan sinceramente se ha acusado ; pero esto ha de hacerse sin la menor afectacion , pues los niños penetran mas de lo que se cree , y si llegan á descubrir algun disimulo ó sutileza en los que les gobiernan , pierden desde luego la sencillez y confianza que les son naturales.

Hemos hecho observar que el cerebro de los niños es á la vez cálido y húmedo , lo que produce en ellos continuo movimiento. Esta blandura del cerebro hace que las imágenes de los objetos sensibles se impriman en él con mucha facilidad. Asi no debemos descuidar de inscribir en su cerebro los caracteres mientras que puedan formarse sin trabajo , eligiendo con tino las imágenes que debemos grabar en él , pues no debemos depositar en su reservatorio tan pequeño como precioso sino lo mas esquisito , no olvidando jamás que solo debemos esculpir en su mente lo que deseamos y conviene que permanezca toda su vida. Las primeras imágenes que se imprimen en el cerebro

mientras está blando son las mas profundas, y van fijándose mas en proporcion que la edad seca el cerebro, por lo que se hacen indelebles. De aqui proviene que el hombre decrepito recuerda mas distintamente las cosas de su juventud aunque tan distantes, al paso que se acuerda menos de su edad mas avanzada, porque las huellas que dejan los objetos en esta edad quedan impresas superficialmente en un cerebro ya seco y lleno de otras imágenes.

Seria difícil dar asenso á estos racionios, si la esperiencia no acreditase que racioniamos muchas veces sin advertirlo. ¿A cuantos no oimos decir: soy demasiado viejo para mudar; asi me educaron? Y á mas ¿no tenemos un gusto particular en recordar las cosas de nuestra juventud? Las inclinaciones que hemos tomado en esta edad ¿no son las mas fuertes? Y todo esto ¿no patentiza que las primeras costumbres son las mas tenaces? Con todo, aunque la edad de la infancia sea la mas á propósito para grabar imágenes en el cerebro, debemos confesar que no lo

es tanto para formar raciocinios , porque en esta humedad del cerebro que facilita la impresion de las imágenes , hallándose unida á un grande calor , produce una agitacion que impide toda aplicacion seguida.

El cerebro de los niños es como una bujía encendida espuesta al aire, cuya luz siempre vacila. El niño pregunta , y sin aguardar la respuesta levanta sus ojos hácia el techo contando las figuras que hay pintadas en él , ó los dirige á las ventanas haciendo lo mismo con los vidrios. Si le obligamos á que vuelva á su primer objeto , se considera trabado como si estuviese preso. Por esto es necesario gobernar con grande tino sus órganos aguardando que se fortifiquen : respondamos pues con prontitud á su pregunta , y permitámosle que haga cuanto quiera. Mantengamos solamente su curiosidad , y acumulemos en su memoria buenos materiales. Vendrá tiempo en que se unirán por sí mismos ; y cuando su cerebro haya adquirido mas consistencia el niño raciocinará , limitándonos nosotros á di-

rigirlos cuando su raciocinio no sea exacto, haciendo que conozcan, sin que se les moleste y valiéndonos de sus mismas contestaciones, como y cuando se saca directamente una ilacion.

Dejemos pues al niño que se divierta, y mezclemos la instruccion con el juego, presentándole la sabiduría por intervalos y con una cara placentera y guardándonos de cansarlo con una eesaetitud indiscreta.

Si el niño se forma una idea triste y sombría de la virtud, y si la libertad y el desarreglo se le presentan bajo una figura agradable, todo está perdido y es en vano el trabajo. No permitamos pues que espíritus superficiales y personas sin costumbres le lísonjeen, porque el hombre acostumbra mirar con buenos ojos las costumbres y el modo de pensar de los sugetos que estima; y el placer que encuentra desde luego en el trato con las gentes mal educadas, hace que poco á poco aprecie hasta aquello mismo que tienen mas despreciable.

A fin de que los niños gusten de los hombres de bien presentémosles lo que

tienen de amable y útil, como su sinceridad, su modestia, su desinterés, su fidelidad y discreción, y sobre todo su piedad que es el origen de todas las virtudes.

Si el niño repara en algunas de estas personas ciertas cosas que le disgustan, digámosle que estos defectos no son hijos de la piedad, que cuando esta es perfecta los quita ó á lo menos los disminuye; y sobre todo no nos empeñemos en que los niños traten con aquellas personas piadosas cuyo exterior es desagradable.

Por mas atención que pongamos sobre nosotros mismos para que no se perciba ninguno de nuestros defectos, no debemos presumir que el niño no repare en alguno, pues muchas veces notará hasta nuestras mas ligeras faltas.

San Agustín nos advierte que ya en la infancia habia reparado en la vanidad de sus maestros en la parte científica: harémos pues nosotros lo mejor si nos dedicamos á conocer nuestros defectos con tanta escrupulosidad como el niño los puede observar, valiendonos



de amigos sinceros que nos los adviertan. Generalmente los directores de los niños nada les perdonan, disimulándose todo á sí mismos, y escitando en aquellos un espíritu de crítica y de malignidad; de modo que al notar alguna falta en su director tienen la mayor satisfacción, aprovechando todas las ocasiones para despreciarle.

Evitarémos este inconveniente hablando de nuestros defectos visibles, sin callar las faltas que se nos escapan delante de los mismos niños; pues si los conocemos capaces de discurrir, podemos manifestarles que no tenemos empacho de corregir nuestras faltas, á fin de que no lo tengan de enmendar las que cometan: con esto sacaremos de nuestras mismas imperfecciones medios para instruir y edificar al niño y animarle para que se corrija, evitando á un mismo tiempo el desprecio y aun el tedio que pudieran causarle nuestros defectos.

Empleemos igualmente todos los medios para hacer gratas al niño las cosas que ecsijamos de él; y cuando nos sea

preciso proponerle alguna que le sea desagradable, hagámosle entender que el placer sucederá bien pronto á su pena, que palpará él mismo su utilidad, y que se convencerá de la necesidad que tiene de sujetar su repugnancia, por ecsigirlo asi la sociedad y los deberes de las gerarquías. Sin esto, el estudio le parecerá un trabajo abstracto, estéril y espinoso. ¿De qué nos puede servir, dicen entre sí, el aprender cosas que ni se nombran en las conversaciones, ni tienen relacion alguna con lo que debemos practicar? Es menester pues demostrarles la razon de todo cuanto se les enseñe: debeis aprender esto, se les dirá, á fin de que á su tiempo obreis como deberéis obrar conforme se vaya formando vuestro juicio y adquiriendo solidez, y de acostumbra-ros á discurrir con ecsactitud sobre los negocios de la vida. Es preciso que les manifestemos siempre un fin sólido y agradable que les haga soportable el trabajo, sin pretender nunca sujetarlos con autoridad absoluta é inoportuna.

A medida que su razon va progresa

sando debemos discurrir con ellos sobre la necesidad de su educacion, no para seguir todos sus pensamientos, sino para aprovecharnos de ellos cuando nos hagan conocer su verdadero estado, para probar su discernimiento, y para que hagan con gusto lo que deseamos que practiquen.

No tomemos nunca, si no es una estrema necesidad, un aire austero é imperioso que hace temblar á los niños, siendo frecuentemente efecto de pedantería y afectacion de los directores, porque los niños son generalmente demasiado tímidos y vergonzosos. Les cerrariamos con esta condicion su corazon y perderiamos su confianza, sin la cual ningun fruto podemos esperar de su educacion: procuremos pues que nos amen, y que disfruten de aquella libertad que les quite el temor de confesarnos sus faltas. Para conseguirlo seamos indulgentes con los que demuestren franqueza no queriendo fingir; y en lugar de manifestarnos atónitos y enfadados de sus malas inclinaciones, hagámosles conocer que nos compadecemos de sus flaque-

zas: y aunque resulte alguna vez el inconveniente de que no les contenga el temor, sin embargo bien pesado todo se conseguirá mas de ellos con la sinceridad y confianza, que con la rigurosa autoridad.

De otra parte, no quedará esta ociosa cuando no basten la confianza y la persuasion; pero es preciso siempre principiar por una conducta franca, placentera y familiar sin bajeza, que nos proporcione los medios de ver obrar á los niños en su estado natural, y de conocerlos á fondo. Por fin, aun cuando se consiguiera con la autoridad que observasen todos nuestros preceptos, no conseguiríamos nuestro objeto, porque todo pasaria en formalidades incómodas y quizás en una refinada hipocresía, tomando en fin aversion á lo bueno, cuyo amor debemos inspirarles constantemente.

Si el Sabio ha encargado siempre á los padres que tengan su vara levantada contra sus hijos; si ha dicho que el padre que juega con el hijo llorará en lo sucesivo: no vitupera por esto

una educacion benigna, suave y paciente. Solo condena á aquellos padres débiles é inconsiderados, que lisonjeando las pasiones de sus hijos se entretienen con ellos durante su infancia hasta tolerarles toda clase de excesos.

De todo esto debemos inferir que los padres deben conservar siempre su autoridad, mas siempre para corregir á sus hijos, pues hay algunos cuyo natural solo puede contenerlo el temor del castigo: pero repito que no se ha de hacer uso de ella sino cuando ya no quede otro arbitrio.

Un niño que solo obra por efecto de su imaginacion, y que confunde en su cabeza los objetos que se le presentan unidos, aborrece el estudio y la virtud, porque tiene de antemano aversion á la persona que habla de ello.

He aqui de donde proviene aquella idea tan tétrica y espantosa de la piedad que retiene toda su vida, siendo esto frecuentemente lo único que le queda de una educacion severa. Es preciso tolerar á veces cosas que merecen corregirse, y esperar el momento

favorable en que el espíritu del niño se halla dispuesto para aprovechar la correccion. No debemos pues reprehenderle jamas ni en su primer ímpetu ni en el nuestro; porque si lo hacemos en el primer momento nuestro, repara que obramos por genio y prontitud y no por razon ni amistad, perdiendo sin recurso nuestra autoridad ó ascendiente sobre él: si le reprendemos en su primer ímpetu, no se halla con bastante libertad para confesar su falta, vencer su pasion y penetrarse bien de la importancia de nuestras amonestaciones, esponiéndonos á que el niño nos pierda el respeto. Manifestemos con nuestra paciencia que somos dueños de nosotros mismos: observémosle á cada momento por espacio de muchos dias, si es necesario, para que la correccion produzca su fruto; y no echemos en cara á un niño su falta sin añadir algun medio de enmendarla que le anime para hacerlo, evitándole de este modo el pesar y desaliento que inspira la correccion cuando la acompaña solamente la severidad. Si se encuentra algun

niño algo razonable, no será fuera del caso empeñarle insensiblemente á que él mismo solicite que le avisemos sus defectos, ofreciendo esto el medio de decirselos sin afligirles no presentándolos todos á la vez.

Tengamos siempre presente que los niños tienen una cabeza débil, que en su edad solo tienen inclinacion al placer, y que hay directores tan imprudentes que pretenden de ellos una exactitud y una formalidad que ellos mismos no podrian sostener, y que les imprimen un disgusto y una tristeza en su temperamento hablándoles siempre de palabras y cosas que no entienden, sin permitirles ninguna libertad, ningun desahogo, y cansándoles siempre con lecciones, silencio, postura incómoda, correcciones y amenazas.

Los antiguos lo entendian mejor. Los hebreos, egipcios y griegos introdujeron en sus paises las principales ciencias, las máximas de la virtud y las buenas costumbres por medio de la poesía y de la música: los que no han tenido el gusto de leer las historias

apenas pueden creerlo, atendido lo mucho que esto dista de nuestras costumbres; no obstante, por poco que alguno se háya dedicado á la lectura de los antiguos, no le quedará dũda que esta práctica duró por muchos siglos: procuremos pues á lo menos unir en lo posible en nuestros dias lo agradable á lo útil.

Pero aun cuando no podamos prescindir siempre de emplear el temor con el comun de los niños, cuyo natural es duro é indócil, con todo no debemos acudir á este medio sin haber antes usado con paciencia de todos los demas recursos. Conviene igualmente que los niños comprendan bien lo que se les ecsige, y que de su cumplimiento depende el que quedemos satisfechos de su conducta; pero es preciso que mantengamos su alegría y confianza: de otro modo su entendimiento se ofusca, se desfallece su espíritu, se irrita si es vivo, y si es flojo se vuelve estúpido. El temor se parece á los remedios violentos, que solo se emplean en las enfermedades agudas; los cuales purgan, pero alteran el temperamento y destru-

yen los órganos: un alma conducida por el temor va siempre debilitándose.

Por lo demas, aunque nunca se deba amenazar sin que siga el castigo, por temor de que las amenazas se miren con desprecio, no obstante debe castigarse menos de lo que se amenace, y cuando se haya de imponer alguna pena debe ser esta la menor posible, pero acompañada de todas las circunstancias que puedan despertar la vergüenza y el remordimiento en el niño. Por ejemplo, manifestémosle cuanto hemos practicado para evitar este extremo, y cuanta afliccion nos causa tener que emplearlo: hablemos en presencia de otros sugetos de la desgracia de aquellos que miran con indiferencia la razon y el honor hasta obligar á que los castiguen: retiremos las señales que le dábamos de nuestra amistad hasta que veamos que necesitan de consuelo: castigüemos pública ó secretamente segun la utilidad que pueda resultar al niño, ó causándole la mayor vergüenza ó manifestándole que se le escusa, reservando esta vergüenza pública para el

último remedio: acúdamos alguna vez á una persona prudente para que consuele al niño y le diga lo que no conviene entonces, que le aliente y le disponga á volver á nuestro seno, y á que el niño pueda en su emocion descubrirle su corazón con mas libertad que á nosotros: pero sobre todo que no pueda el niño conocer que no exigimos de él otra cosa que las sumisiones ordinarias, pues hemos de procurar que él mismo confiese su falta, que lo haga voluntariamente, y que no nos queda otra cosa que hacer que suavizarle la pena que habrá aceptado con resignacion. Estas reglas generales deberán emplearse segun lo requieran las circunstancias. Los hombres y particularmente los niños no se parecen siempre á sí mismos: lo que es bueno hoy no lo será mañana, y nunca podrá ser útil una conducta siempre uniforme.

Cuantas menos lecciones se den en forma, será mejor; pues pueden insinuarse á los niños una infinidad de conocimientos mas útiles que las mismas lecciones, por medio de conversaciones

divertidas. He visto á varios niños aprender las letras jugando: contémosles cosas que les gusten y que vean ellos que las sacamos de algun libro; y al mismo tiempo hagámosles conocer insensiblemente las letras: su curiosidad no podrá parar hasta que ellos mismos puedan sacar los cuentos del libro que les ha proporcionado aquel placer.

Dos cosas hay que los echan á perder, el hacerles aprender á leer desde luego el latin, quitándoles asi el gusto de la lectura, y el quererles acostumar á leer con un énfasis forzado y ridículo. Déseles un libro bien encuadernado y aun con sus cortes dorados, con estampas hermosas y caracteres bien formados. Todo esto, que divierte la imaginacion, facilita el estudio; y si el libro contiene historias cortas y maravillosas, no haya temor de que el niño no aprenda á leer. No se le fatigue tampoco para obligarle á que lea con exactitud; déjese que pronuncie naturalmente como habla, pues cualquiera otro tono es siempre malo y se resiente de la declamacion del colegio: cuando su

lengua esté espedita, su pecho mas fuerte, y cuando haya contraido el hábito de leer, leerá fácilmente con mas gracia y mas distintamente.

Se podrá seguir casi el mismo método para enseñarles á escribir, cuando los niños sepan leer un poco: se les puede hacer formar las letras por una especie de diversion, y si son muchos á la vez puede introducirse entre ellos una especie de emulacion. Los niños tienen ya una inclinacion á trazar figuras sobre el papel; y por poco que se les ayude sin que se les incomode, formarán las letras jugueteando y se acostumbrarán poco á poco á escribir, mayormente si se les promete algun premio que les guste y que no pueda tener ningun resultado desagradable.

Escribidme una carta, se les podrá decir, participad tal cosa á vuestro hermano: y á vuestro primo, el niño gusta de todo con tal que no le mortifique la idea triste de una leccion forzada. Una curiosidad libre, decia San Agustin hablando por su propia experiencia, escita mas el espíritu de los

niños que una regla y una necesidad que les imponga el temor.

Nótese bien uno de los grandes defectos que padece la educacion vulgar: se pone á un lado todo lo que sabe á placer, y al otro todo lo que causa disgusto; este en el estudio y aquel en las diversiones. ¿Qué puede hacer el niño á su vista sino soportar con impaciencia la regla que le disgusta, y correr tras de los placeres que le encantan?

Cambiamos pues este orden, haciendo agradable el estudio, y ocultando su tedio bajo la apariencia de la libertad y del placer; suframos que los niños interrumpán alguna vez el estudio con algunas agudezas ó dichos alegres, pues necesitan de estas distracciones para esplayar su imaginacion.

Dejemos que su vista se distraiga un poco, permitiéndoles por intervalos alguna diversion á fin de que su imaginacion descanse, volviéndoles despues con suavidad á su tarea. El ecsigirles una regularidad demasiado ecsacta para que no interrumpán su estudio, les

perjudica mucho; y si algunos preceptores afectan esta regularidad, es porque encuentran en ello mas comodidad que en la continua sujecion que ecsige el aprovechar todos los momentos que puedan favorecer la educacion. Pero al mismo tiempo no permitamos á los niños aquellas diversiones á que pudieran aficionarse demasiado; sino las que contribuyan á distraer su imaginacion, que les ofrezcan una variedad agradable, que satisfagan su curiosidad por cosas útiles, y que ejerciten su cuerpo para las artes que les convengan: los niños prefieren siempre los juegos en que no hayan de estar parados, y que les obliguen á cambiar frecuentemente de posicion ó de lugar, bastándoles para esto un volante, una bola ó cosa semejante. Asi no debemos entremeternos en la eleccion de sus juegos: dejemos que ellos mismos se los busquen ó inventen, no les perdamos de vista, observándoles con cara risueña y conteniéndoles solamente cuando se acaloren demasiado. Bueno será hacerles comprender en cuanto sea posible los pla-

ceres del ingenio, como la conversacion, los cuentos, las historias, asi como varios juegos industriosos que encierran alguna instruccion; pero todo esto servirá á su tiempo: por el pronto no debemos violentar el gusto de los niños sobre estos particulares, bastando que se les insinuen, pues cuando su cuerpo tenga menos disposicion para agitarse, su imaginacion trabajará con mas provecho.

Entre tanto el cuidado que pongamos en mezclar con el placer las ocupaciones serias, servirá de mucho para contener el ardor con que la juventud corre en pos de las diversiones peligrosas; pues solo la sujecion y el tedio que resulta de ella escitan la impaciencia y el deseo de divertirse: asi es que si una niña se fastidiase menos de estar siempre al lado de su madre, no concebiria tantos deseos de separarse de ella para ir á buscar en otras partes compañías menos buenas.

Téngase el mayor cuidado en apartar de los niños toda sociedad sospechosa: nunca debe permitirse que en

Las diversiones se mezclen con las niñas, ni que estas se acompañen de otras cuya conducta no sea arreglada y conocida. Deben tambien impedirse los juegos que conducen y que ecsaltan demasiado las pasiones, ó que acostumbra á posturas de cuerpo poco decente para una niña; las salidas frecuentes de casa, y las conversaciones que puedan incitarla á ello. Cuando alguna diversion inmoderada no se ha apoderado todavía del corazon ni ha producido ninguna pasion ardiente, se encuentra fácilmente la alegría, hija de la salud y la inocencia; pero las personas que han tenido la desgracia de acostumbrarse á placeres violentos, pierden el gusto á los moderados y se fastidian siempre, yendo en busca de satisfacciones que no encuentran.

Se echa á perder el gusto hácia las diversiones, del mismo modo que hácia los manjares, acostumbrándonos de tal modo á los platos esquisitos, que los comunes y guisados simplemente se nos hacen insípidos y desabridos. Temamos pues estas grandes conmociones

del alma que preparan el tedio y el disgusto; siendo siempre mas sensibles para los niños, que resisten menos á lo que sienten y que desean siempre el movimiento: mantengámoslos en el gusto de las cosas sencillas, sin que sean necesarios grandes preparativos de manjares para alimentarlos ni diversiones extraordinarias para alegrarlos. La sobriedad despierta bastante el apetito, sin que sea necesario escitarlo con salsas y condimentos que conducen á la intemperanza. La templanza, decia un Antiquo, es el mejor operario del deleite; pues con ella se mantiene la salud del cuerpo y del alma. Se disfruta continuamente una alegría dulce y moderada, sin que se necesiten máquinas, ni espectáculos, ni gastos para divertirse: un pequeño juego que se invente, una lectura, un trabajo que voluntariamente se emprenda, un paseo, una conversacion inocente que desahoga el ánimo despues del trabajo, causan una alegría mas pura que la música mas encantadora.

Es cierto que los placeres sencillos son menos vivos y menos sensibles,

porque los otros arrebatan el alma moviendo impetuosamente el resorte de las pasiones; pero aquellos se disfrutan mejor, pues producen una alegría igual y duradera, sin temor de consecuencia alguna funesta, antes derraman siempre un rocío benéfico, cuando los otros son como los vinos adulterados que por el pronto gustan mas que los naturales, pero alteran y perjudican la salud, alejando la tranquilidad del alma asi como su gusto con el ansia de buscar los placeres vivos y violentos. El preceptor que dirige la educacion de los niños debe acostumbrarlos á esa vida sencilla, fortificar en ellos su hábito todo el tiempo que pueda, prevenirles con el temor de los inconvenientes que acompañan á los otros placeres y no abandonarlos á sí mismos, como sucede de ordinario, en la edad en que las pasiones comienzan á levantar su cabeza, y en la que únicamente tienen mas necesidad de que se les sostenga.

Es necesario confesar que ninguna de las penalidades que lleva consigo la

educacion, es comparable á la de educar niños que carezcan de sensibilidad. Los naturales vivos y sensibles son capaces de grandes extravíos, pues las pasiones y la presuncion los arrastran; pero tambien tienen grandes recursos y frecuentemente se corrigen, porque la instruccion ha formado en ellos un germen oculto que fructifica algunas veces, cuando la esperiencia viene al socorro de la razon y las pasiones calman, y á lo menos conocemos el modo de captar su atencion y despertar su curiosidad. En su mismo natural hallamos el medio de interesarlos por su instruccion y de estimular su honor; en lugar de que no podemos sacar ningun partido de los genios indolentes. Estos siempre viven distraidos, nunca se hallan donde deben estar, ninguna especie de correccion les mueve, todo lo escuchan y nada sienten. Con esta indolencia el niño se hace negligente y se fastidia de todo lo que hace, y en este caso es muy de temer que se pierda la mejor educacion, si no se previene el mal desde la primera in-

fancia. Los que profundizan poco las cosas infieren de esto, que la naturaleza es la que solamente forma los hombres de mérito, y que en nada contribuye la educacion; en lugar de que deberian solo deducir que hay naturales semejantes á las tierras estériles, que dan poco ó ningun fruto á pesar de su cultivo. Pero todavía son mas funestos los resultados cuando una educacion tan difícil encuentra obstáculos, ó se descuida ó se arregla mal desde un principio.

Es necesario tambien observar que nos podemos engañar mucho sobre la índole de varios niños. Estos se presentan desde luego con unos atractivos que embelesan, porque las primeras gracias de la infancia tienen un barniz lustroso que todo lo disimula, advirtiendo en ellos un no sé que de tierno y amable que nos impide ecsaminar de cerca y circunstancialmente las facciones de su rostro. Nos sorprende la viveza de su imaginacion, porque no la esperabamos en aquella edad: les perdonamos todas las faltas de discerni-

miento dorándolas con la gracia de la ingenuidad; y atribuimos á perspicacia de ingenio una cierta vivacidad de cuerpo que notamos en ellos. De ahí proviene que la infancia parece prometer mucho y da muy poco: no ha dejado de haber alguno que ha sido celebrado por su viveza á la edad de cinco años, y despues ha ido cayendo en la oscuridad y en el desprecio, á proporcion que ha ido avanzando en dias. No podemos pues contar con ninguna de las calidades que presentan los niños, si no es la de un juicio prematuro que crece siempre con ellos mientras sea bien cultivado: las demas gracias de la niñez se disipan, la viveza se amortigua, y aun se pierde frecuentemente la ternura de corazon; porque las pasiones y la sociedad con los hombres políticos endurecen insensiblemente á los jóvenes que entran en el mundo. Procuremos pues descubrir, entre las gracias de la infancia, si el niño que debemos educar tiene un natural adusto y nada inclinado al deseo de saber, así como poco sensible á una

razonable emulacion: en este caso es muy difícil, por no decir imposible, que cualquiera que se encargue de su educacion no se fastidie bien pronto de un trabajo tan ingrato y tan espinoso. Se deben pues poner en accion todos los resortes del alma del niño para sacarlo de este letargo. El director que prevea este inconveniente no apresure las instrucciones seguidas, no le cargue su memoria que es lo que aturde y recarga el cerebro, no le fatigue con arreglos incómodos, aliente su espíritu; y ya que lo ve caido en un extremo opuesto á la presuncion, no tema el manifestarle directamente de lo que es capaz; y contentándose de poco, hágale notar hasta sus mas pequeños adelantamientos, representándole cuan infortunadamente temia no conseguir el que aprendiese lo que sabe; y no descuide en fin el escitarle á la emulacion. La pasion de los zelos es mas violenta en los niños de lo que puede imaginarse, consumiéndose muchos y cayendo en una languidez oculta al ver que otros son mas amados y acariciados. Las ma-

dres tienen ordinariamente la crueldad de hacerles sufrir este tormento; pero es menester saber emplear este remedio en las necesidades urgentes contra la indolencia: no ofrezca el preceptor á la vista del niño que educa otros niños de mayor disposicion y talento, pues unos ejemplos superiores á su debilidad acabarian de desanimarlo.

Procúrele el preceptor de tiempo en tiempo algunas pequeñas ventajas sobre los que mira con envidia: oblique en lo posible á que se burle él mismo de su timidez: hágale observar á otras personas que habiendo sido tan tímidas como él han superado su debilidad: demuéstrole directamente en la ocasion de hablar de otro niño, que la timidez y la pereza sufocan el espíritu; que las personas flojas é inaplicadas, por talento que tengan, se vuelven imbeciles y se degradan: pero tenga mucho cuidado de no usar en estas instrucciones de un tono austero é impaciente, porque nada acobarda ni reconcentra mas á un niño flojo y tímido que la aspereza; al contrario, haga todo

lo posible para facilitar con placeres proporcionados, la tarea que no se le puede dispensar, valiéndose, si es menester, de cuando en cuando de las reprecensiones hechas por otra persona inferior, por ejemplo, por otro niño, sin que entienda que este es mandado por el director.

San Agustín refiere que una reprecension que una criada dió á Santa Mónica su madre siendo niña, la movió tanto que la corrigió de una mala costumbre que habia contraído de beber vino puro, lo que no habian podido conseguir ni la vehemencia ni la severidad de su aya: por fin, es preciso procurar inspirar gusto al espíritu de esta clase de niños, como se hace en el cuerpo de ciertos enfermos dejándoles buscar lo que pueda curar su hastío, y permitiéndoles algunos antojos ó caprichos aunque sea contra las reglas del arte, mientras que no lo conduzcan á excesos peligrosos; y es mucho mas difícil dar gusto á los que carecen de él, que formar el de los que todavía no lo tienen como debieran tenerlo.

Hay otra especie de sensibilidad que debe inspirarse á los niños, la cual es la de la amistad. Desde el momento en que se ve el niño capaz de ella, ya no debe pensarse en otra cosa que en inclinar su corazón hácia personas que le sean útiles. La amistad le conducirá á todo cuanto se pretenda de él, siendo esto un lazo seguro para atraerlo al bien, mientras que el preceptor sepa aprovecharlo: no queda pues otra cosa que temer sino el exceso, y la mala elección en sus afectos é inclinaciones. Pero hay otra clase de niños que nacen sagaces, reservados é indiferentes, y egoistas ocultos que saben engañar á sus padres, cuya ternura les hace crédulos; que aparentan amarles estudiando sus inclinaciones para conformarse á ellas; que parecen mas dóciles que los otros niños de su edad, los cuales obran sin fingimiento siguiendo su genio; cuya condescendencia amagando un interior duro, parece una verdadera dulzura, y cuyo natural disimulado no se despliega del todo sino cuando ya no hay tiempo de remediarlo.

Si hay algun genio de niño que ponga obstáculos insuperables para su educacion, es regularmente el que acabamos de indicar, debiendo por desgracia confesar que su número es mayor del que se imagina: no obstante los padres no pueden resolverse á creer que sus hijos tengan un corazon mal organizado, y por lo mismo nadie se atreve á convencerlos agravándose cada dia el mal: el único ó á lo menos el principal remedio seria, á mi parecer, dejar á los niños en entera libertad de descubrir sus inclinaciones, pues es preciso conocerlos á fondo antes de corregirlos: ellos son naturalmente sencillos y francos, pero por poco que se les moleste, ó que conozcan algun amago, ya no vuelven mas á su primera sencillez. No hay duda que solamente Dios concede la ternura y bondad de corazon, pero nosotros podemos escitarla en los niños presentándoles ejemplos generosos, máximas de honor y desinterés, y el desprecio de las personas que aman solo sus intereses particulares: es preciso hacer que los ni-

ños comiencen á gustar el placer de una amistad cordial y recíproca, antes que hayan perdido la primera sencillez de los movimientos mas naturales, no habiendo nada mejor para lograrlo que poner desde luego á su lado personas que no les manifiesten jamas nada áspero, falso, bajo é interesado; siendo siempre preferibles en caso de necesidad, aquellos sujetos que aunque tengan otros defectos estén esentos de los mencionados. Es menester tambien elogiar á los niños de cuanto obran por amistad, mientras no sea ni demasiado impertinente, ni vehemente con exceso. Es igualmente necesario que vean sus padres las muestras de una amistad sincera á su favor; pues los niños aprenden frecuentemente de sus mismos padres á no amar cosa alguna. Por fin, yo quisiera desterrar de esta amistad todos los cumplimientos supérfluos, todas las demostraciones aparentes, y todas las caricias fingidas, con las cuales se les enseña á corresponder con vanas esterioridades á las personas que deben estimar.

Otro defecto hay opuesto al que acabamos de explicar, que se nota mas frecuentemente en las niñas, y es el de apasionarse por cualquiera cosa, aun por las mas indiferentes: ellas no pueden ver á dos personas que riñan entre sí sin que su corazon tome luego partido por una de las dos contra la otra; y como sus afecciones ó aversiones carecen de fundamento, ningun defecto reparan en las que estiman, ni calidad alguna buena en las que desprecian. Sin embargo, no conviene que nos opongamus abiertamente á este capricho porque la contradiccion solo serviria para fortificarlo: hagámosles, sí, advertir con mucho tiento, que nosotros conocemos mejor que ellas todo lo bueno de las personas que aman, asi como lo malo de las que desprecian, no descuidando al mismo tiempo de hacerles conocer los defectos que se encuentran en el objeto que les gusta, asi como las calidades buenas que tienen los que miran con aversion. si se aprovechan las ocasiones favorables para manifestárselo sin forzar su juicio, ellas mismas reflexio-

narán y volverán sobre sí, y entónces se les puede hacer ver la sinrazon con que se encapricharon, añadiéndoles con suavidad que ellas mismas conocerán á su tiempo preocupaciones que todavía les dominan, no estrañando que asi les haya sucedido, pues que tambien nosotros experimentamos lo mismo en su edad, é indicándoles con la mayor sensibilidad posible la grande mezcla de bien y de mal que se encuentra en todo cuanto podemos amar ó aborrecer, para contener el ardor de esas amistades y aversiones.

No prometamos á los niños adornos ó golosinas en premio de su aplicacion, porque esto causaria dos males: el primero inspirarles la aficion á cosas que deben mirar con indiferencia, y el otro quitarnos el medio de establecer otras recompensas que facilitarían nuestro trabajo; ni tampoco debemos obligarles con amenazas para que estudien, ni sujetarlos á ningun reglamento, y en el caso de que no podamos prescindir de hacerlo, procuremos con dulzura que lo cumplan sin darle tal nombre,

y manifestando siempre alguna razon de conveniencia en que practiquen lo que se les indica en tal tiempo y en tal lugar con preferencia á otro. Tambien nos arriesgamos mucho á desalentar á los niños si nunca les alabamos sus adelantos; pues aunque se hayan de escasear las alabanzas, por el temor de la vanidad que pueden producir, con todo es menester que nos sirvamos de ellas sin desvanecerlos.

Sabemos que San Pablo empleaba frecuentemente las alabanzas para alentar á los débiles, y para que recibiesen con mas resignaciones su correcciones; y los santos padres las usaron con el mismo objeto. Es verdad que para sacar utilidad de ellas es menester disponerlas de modo que no sientan nada de ecsagerado ni de lisonjero, y que al mismo tiempo se refiera todo el bien á Dios como á su autor y origen. Tambien pueden premiarse los niños con juegos inocentes y algo industriosos, con paseos en que se saque algun fruto de la conversacion, con pequeños regalos, con medallas, estampas, mapas

geográficos, ó libros bonitamente encuadernados.

CAPÍTULO VI.

Del uso de las historias para los niños.

Los niños aman con pasión los cuentos raros; y se les ve todos los días enagenados de alegría ó derramando lágrimas al oír las aventuras que se les cuentan. Aprovechémonos de esta disposición suya: cuando los veamos atentos para escucharnos, contémosles alguna fábula corta y graciosa, eligiendo las de animales, que sean ingeniosas é inocentes, refiriéndoselas como son en sí, y concluyendo con manifestarles su objeto y moralidad. Seria muy de desear que las niñas ignorasen siempre las fábulas del gentilismo por estar llenas de impurezas é impiedades; y si es preciso que conozcan algunas, no descuidemos de inspirarles el horror que me-

recen. Cuando hayamos narrado una fábula, no contemos otra hasta que el niño nos lo suplique, dejándole de esta manera en una especie de impaciencia para saber mas; y luego que hayamos escitado su curiosidad, contémosle en pocas palabras algunas historias escogidas, bien enlazadas entre sí, dejando para otro dia su continuacion á fin de tenerle en suspension avivándole el deseo de ver su conclusion: animemos la relacion con tonos vivos y familiares: hagámos hablar á nuestros personajes, pues los niños que tienen la imaginacion viva creerán que los están viendo y escuchando. Por ejemplo, si les contamos la historia de José, hagamos hablar á sus hermanos como unos hombres brutales; á Jacob como un padre tierno y afligido; á José que hable él mismo divirtiéndose, siendo dueño de Egipto, en ocultarse á sus hermanos, en inspirarles un grande miedo, y despues en descubrirse á ellos. Esta descripcion sencilla, unida á lo maravilloso de esta historia, embelesará al niño mientras no se le moleste; y por lo mismo debe-

mós escasearle los cuentos ó pequeñas historias, escitando y aun prometiendo contarles alguna cosa como un premio de su aplicacion, sin que lo miren como una parte de un estudio forzado, ni se les obligue á repetirlos; porque esto, á menos que quieran hacerlo libremente, les incomoda y les quita todo el gusto para esta clase de historias.

Sin embargo, es menester observar que si el niño adquirió ya alguna facilidad en el hablar, él mismo querrá contar á las personas que ama las historias que mas le hayan gustado; pero no debemos obligarles por ningun título á que lo hagan, á menos que no lo consideremos oportuno, y en este caso podremos valernos de alguna persona que merezca la confianza del niño, y que le manifieste el deseo de aprender de su boca su historia: el niño tendrá la mayor satisfaccion de contársela, y cuando lo haga, dejémosle decir sin que repare que le escuchamos; pero cuando esté ya mas acostumbrado á recitar, entonces podremos corregirle en-

señándole con dulzura el mejor modo de hacer una narracion, la cual debe ser corta, sencilla é ingenua, eligiendo las circunstancias que representen mejor la naturaleza de cada cosa. Si los niños son muchos, se les puede acostumar poco á poco á representar los personajes de las historias que han aprendido: el uno hará el papel de Abraham, otro el de Isaac, &c. gustándoles mas estas representaciones que otros juegos: ellas les acostumbrarán á pensar y á tomar placer en hablar de cosas serias, y harán que se les queden siempre impresas en su memoria.

Es necesario tambien inspirarles mas gusto por las historias sagradas que por las otras, sin decirles que son mas hermosas, lo que quizás no creerian sino haciendo que lo conozcan sin necesidad de decirselo: para esto hagámosles observar cuan importantes son, cuan singulares y maravillosas, y cuan llenas de pinturas naturales y de una noble vivacidad. Las de la creacion del mundo, de la caida de Adam, del diluvio, de la vocacion de Abraham, del sa-

crificio de Isaac, de las aventuras de José y fuga de Moises, no solo son propias para despertar la curiosidad de los niños, sino que descubriendo el origen de la religion, la cimentan en su interior: es necesario ignorar del todo lo esencial de la religion para no ver que toda ella está fundada en la historia, pues un tejido de hechos maravillosos nos da á conocer su establecimiento, su perpetuidad y todo cuanto nos inclina á creerla y practicarla. Nadie se imagine que queremos obligar á las gentes á profundizar la ciencia cuando les proponemos todas estas historias, pues son cortas, variadas y propias para agradar aun á las personas mas groseras. Dios, que conoce mejor que nadie el espíritu del hombre que ha creado, ha puesto la religion con hechos populares, que muy lejos de sobrecargar á los sencillos, les ayudan á concebir y á retener los misterios en su memoria. Por ejemplo, digamos á un niño que en Dios hay tres personas distintas que no forman mas que una sola naturaleza: á fuerza de oír y

de repetir estos términos los retendrá en su memoria; pero dudo mucho que conciba su sentido. Contémosle que Jesucristo al salir de las aguas del rio Jordan, el Padre hizo oír una voz desde el cielo que dijo: "este es mi Hijo querido en quien me complazco; escuchadle": añadámosle que el Espíritu Santo bajó sobre el Salvador en figura de paloma; y con esto le harémos encontrar insensiblemente la Trinidad mediante la relacion de una historia que nunca olvidará. Ved ahí tres Personas que distinguirá siempre por la diferencia de sus acciones, y solo faltará que le enseñemos que todas tres personas juntas no forman mas que un solo Dios. Basta este ejemplo para acreditar la utilidad de dichas historias; y aunque parezca que retardan la instruccion, la abrevian mucho, y le quitan la sequedad de los catecismos donde se enseñan los misterios separados de los hechos; y por esta razon vemos que los antiguos instruian por medio de la historia. El modo admirable con que San Agustin quiere que se enseñe á los ignorantes no

era un método introducido por este Santo Padre: era la práctica universal de la Iglesia, la cual consistia en manifestar por una serie de hechos históricos la antigüedad de la religion que comenzó en el mundo, á Jesucristo esperado en el antiguo testamento y reinando en el nuevo, en lo que consiste el fondo de la instruccion cristiana.

Esto pide un poco mas de tiempo y de cuidado que la instruccion á que muchos se limitan; pero tambien conoce verdaderamente la religion el que está instruido en sus pormenores, en lugar de que el que los ignora solo tiene ideas confusas de Jesucristo, del Evangelio y de la Iglesia, de la necesidad de someterse absolutamente á sus decisiones, y del fondo de virtudes que el nombre de cristiano debe inspirarnos. El catecismo histórico, que es un libro sencillo, corto y mas claro que los comunes, encierra todo cuanto debe saberse sobre el particular, y por consiguiente no ecsige un estudio ímprobo. El Concilio de Trento se propuso un objeto igual, con la sola diferencia de que

en su catecismo se hallan muchos términos teológicos que no pueden concebir las personas sencillas.

Unamos pues á las historias indicadas el paso del mar Rojo, y la mancion del pueblo en el desierto, donde comia un pan caido del cielo, y bebia una agua que Moises hizo brotar de una peña tocándola con su vara: presentemos la conquista milagrosa de la tierra prometida, donde las aguas del Jordan retroceden á su manantial, y las murallas de una ciudad se desploman á la vista de los sitiadores: pintemos al natural los combates de Saul y de David: mostremos á este en su juventud venciendo sin armas y con su traje de pastor al fiero gigante Goliath. No olvidemos la gloria y sabiduría de Salomon, su celebre sentencia sobre las dos mugeres que se disputaban un niño; sin pasar por alto su caida desde la cumbre de esta sabiduría, deshonrándose por la molicie, consecuencia inevitable de una grande prosperidad.

Hagamos hablar á los profetas en-

viados por Dios á los reyes, que lean en lo venidero como en un libro que tuvieran á la vista, que parezcan humildes, austeros y sufriendo persecuciones continuas por haber predicado la verdad. Sigamos narrando la primera destruccion de Jerusalem, su templo abrasado, y la ciudad santa convertida en escombros, en castigo de los pecados del pueblo: pasemos á la cautividad de Babilonia, donde los judíos suspiraban por su cara Sion, y recitemos como de paso, antes de su regreso á Jerusalem, las deliciosas historias de Tobias y de Judit, de Ester y de Daniel; siendo muy útil que los niños se declaren sobre los diversos caracteres de estos santos para saber cuales les gustan mas, pues prefiriendo el uno á Ester y el otro á Judit se suscitará entre ellos una pequeña disputa que imprimirá mas profundamente estas historias en su espíritu y les irá formando su juicio. Despues de esto reconduzcamos el pueblo á Jerusalem para reparar sus ruinas: hagamos al niño que nos escucha una pintura risueña de la paz

y felicidad que disfruta; y luego despues presentémosle un verdadero retrato del impío y cruel Antíoco muriendo en una penitencia falsa; refiriendo igualmente las victorias que alcanzaron los macabeos contra este perseguidor, asi como el martirio que este hizo sufrir á los siete hermanos del mismo nombre. Vengamos al nacimiento milagroso de San Juan y detengámonos mas en el de Jesucristo, buscando luego en el Evangelio todos los hechos mas admirables de su vida, como su predicacion en el templo á la edad de doce años, su bautismo, su retiro en el desierto, su tentacion, la vocacion de sus apóstoles, la multiplicacion de los panes, la conversion de la pecadora que ungió los pies del Salvador con unguento oloroso, los lavó con sus lágrimas, y enjugó con sus cabellos; presentemos aun á Jesucristo instruyendo á la Samaritana, curando al ciego de nacimiento, resucitando á Lázaro, entrando triunfante en Jerusalem; hagámosle conocer su pasion, y pintémosle saliendo glorioso de su sepulcro; luego hagámosle observar la

familiaridad con que conversó por espacio de cuarenta dias con sus discipulos hasta que lo vieron subir al cielo; la venida del Espíritu Santo, la lapidacion de San Estevan, la conversion de San Pablo, la vocacion del centurion Cornelio, los viages de los apóstoles y en particular de San Pablo, que son muy agradables. Elijámos las historias mas prodigiosas de los mártires, pongamos á su vista el valor de las jóvenes vírgenes, las austeridades asombrosas de los anacoretas, la conversion de los emperadores y del Imperio, la ceguedad de los judíos y su terrible castigo que dura todavía.

Todas estas historias manejadas oportunamente, imprimirán en la imaginacion de los niños siempre viva y tierna, el conocimiento seguido de la religion desde la creacion del mundo hasta nuestros dias, que recibirán con gusto, formando de ella las mas nobles ideas que nunca se les borrarán. Verán ellos tambien en estas historias la mano de Dios obrando en todas las cosas, y conduciendo rectamente á sus altos de-

signios las criaturas que parece se alejan mas de ellos : pero será preciso recoger de estas historias todo lo que ofrezca imágenes mas halagueñas y magníficas , porque debemos valernos de todo á fin de que los niños encuentren la religion hermosa, amable y augusta, y no triste y lánguida como generalmente se la presentan.

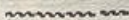
A mas de la inestimable ventaja que lleva consigo este método de enseñar la religion á los niños, este fondo de historias agradables que con tiempo van imprimiendo en su memoria dispierta su curiosidad para cosas mas serias, les hace gustar los placeres del espíritu, y les escita á que tomen interes en otras historias que oyen referir y que tienen conecion con las que ya saben : pero es menester, repito, que los niños no miren como una ley el escuchar y retener en su memoria estas historias, y menos que formen una parte reglada de sus estudios; pues se ha de procurar que todo lo hagan por gusto, y como si fuese por eleccion suya. No les hostiguemos pues, y lograremos nuestro fin, sacando

buen partido de los entendimientos comunes: no les carguemos demasiado, y dejemos que su curiosidad vaya obrando poco á poco. Pero dirá alguno: ¿Cómo se referiran á las niñas estas historias de una manera viva, corta, natural y agradable? ¿donde se encontrarán ayas que sepan hacerlo? No faltarán, respondo, si se procura elegir personas de talento é instruccion para gobernar las niñas, inspirándoles en lo posible este método de enseñar, haciéndolo cada aya á medida de su talento: finalmente, por poco despejo que tengan, la instruccion irá menos mal si se dirigen por éste método, que es tan natural como sencillo.

Puede tambien añadirse á los discursos la vista de estampas ó cuadros que representen agradablemente los hechos de las historias sagradas. Pueden bastar las estampas, que deben tenerse siempre á la mano; pero si se tiene proporcion de hacerse con buenos cuadros, será mucho mejor, pues la viveza de los colores junto con el tamaño de las figuras al natural, herirán mas ventajosamente su imaginacion.

CAPÍTULO VII.

Del modo con que se han de inculcar en el espíritu de los niños los primeros principios de la religion.



HEMOS observado ya que la primera edad de los niños no es propia para discurrir y raciocinar, no porque no tengan ideas y principios generales del raciocinio que se les despejará con el tiempo, sino porque no conociendo muchos hechos, no pueden aplicar su razon, y porque por otra parte la agitacion de su cerebro les impide el seguir y unir sus pensamientos.

Por tanto conviene sin hostigarlos dirigir suavemente el primer uso de su razon al conocimiento de Dios, inculcándoles las verdades cristianas sin mezclarles ningun motivo de duda. Si ven morir ó enterrar alguno preguntémosles si el difunto está dentro del sepulcro, y ellos

responderán que sí. ¿Pues no está en el Paraíso? = *En el Paraíso está.* = ¿Pero como puede estar á la vez en el Paraíso y en el sepulcro? = *Su alma está en el Paraíso, pero su cuerpo está enterrado.* = ¿Acaso su alma no es su cuerpo? = *No, porque vivirá siempre en el cielo.* ¿Vosotros quereis salvaros? = *Si.* = ¿Qué entendéis por la palabra salvarse? = *Que el alma va al Paraíso cuando el hombre ha muerto.* = ¿Y qué entendéis por muerte? = *Que el alma se separa del cuerpo y este se reduce á polvo.*

No pretendo que los niños desde luego respondan de este modo, á pesar de que muchos desde la edad de cuatro años me han dado contestaciones semejantes; pero aun cuando supongamos á un niño menos despejado y mas atrasado, tambien lograremos lo mismo esperando algunos años mas sin impaciencia.

Enseñemos á los niños una casa y acostumbremosles á reflexionar que no se ha construido por sí misma: las piedras, les diremos, no se han colocado sin que alguna persona las condujese;

y hagámosles ver en seguida á los albañiles como la fabrican, luego dirijamos su atencion al cielo, á la tierra y á las cosas principales que Dios ha criado para el uso del hombre, diciendoles: ¿no veis como el mundo es mas hermoso y mas bien formado que una casa? ¿Se ha hecho acaso por sí mismo? No, ciertamente; Dios lo ha construido con sus propias manos.

Sigamos el método de la escritura, hiriendo vivamente su imaginacion sin proponerles cosa alguna que no vaya revestida de imágenes sensibles.

Representémosles á Dios sentado en un trono, con unos ojos mas resplandecientes que los rayos del sol, y mas penetrantes que los relámpagos; hagámosle hablar; démosle oidos que todo lo oyen, manos que sostienen el universo, brazos siempre levantados para castigar á los malvados, y un corazon tierno y paternal para hacer dichosos á los que le aman; repitiéndoles á su tiempo estos mismos conocimientos con mayor ecsactitud. Observemos todas las impresiones que estas hagan en el espí-

ritu de los niños; probémosles de varias maneras para descubrir el como podemos introducir en sus entendimientos las grandes verdades poniendo el mayor cuidado en no decirles nada de nuevo sin que antes se les haya familiarizado ó prevenido con alguna comparacion sensible.

Preguntémosles, por ejemplo, si preferirian morir antes que renunciar á Jesucristo; responderán que sí, contestando lo mismo si les preguntamos si se dejarian cortar la cabeza para ir al cielo, creyéndose que tendrian bastante valor para hacerlo: pero como queremos hacerles entender que nada se puede sin el auxilio de la gracia, nada habrémos ganado si le decimos sencillamente que tienen necesidad de la gracia para mantenerse fieles, pues como no entienden estas palabras, si les acostumbramos á decir las sin entenderlas nada habrán adelantado. ¿Qué harémos pues en este caso? Contemosles la caida de San Pedro despues de haber dicho á Jesucristo con un tono de presuncion: "si es preciso morir, yo os seguiré;" y aun cuando

todos los demas os abandonen , yo no es dejaré: negó tres veces á su Maestro intimidado por una criada. Espliquémosle el motivo porque Dios le permitió esta flaqueza ; sirviéndonos luego de la comparacion de un niño y de un enfermo que no puede andar solo , haciéndole entender que necesitamos que Dios nos lleve como lo hace una ama con un chiquillo: y de este modo le harémos perceptible el misterio de la gracia.

Pero la verdad que nos cuesta mas hacerle conocer , es el que tengamos un alma mas preciosa que nuestro cuerpo. Es muy útil y bueno acostumbrar á los niños á que hablen de su alma; porque aunque no entiendan lo que dicen , no deja de acostumbrarlos á suponer , confusamente la distincion de cuerpo y alma ínterin nõ pueden concebirla. Quanto mas las preocupaciones de la infancia son dañosas si conducen al error , tanto son útiles cuando acostumbran la imaginacion á la verdad, esperando que la razon pueda solidarlas por principios. Con todo es neces-

rio siempre establecer un modo de persuadir. Y ¿como lo harémos? ¿Engolfarémos acaso á una jóven en las sutilezas de la filosofía? No hay cosa peor. Es preciso limitarnos en aclarar y sensibilizar en lo posible lo que ella oye y repite cada día.

Por lo que mira á su cuerpo, ella lo conoce demasiado, conduciéndola todo á lisonjearlo, adornarlo, y formarse un ídolo de él: por lo mismo es un punto capital el inspirarle su desprecio, manifestándole que ella tiene en sí misma otra cosa mejor.

Preguntemos pues á una niña que ya principie á raciocinar, si es su alma la que come; y si no responde bien, le dirémos que el alma no come, sino el cuerpo que es semejante á las bestias. ¿Tienen alma los brutos? No, responderá la niña. Pero ellos comen, añadiremos, aunque no tengan alma: conoces pues bien que no es el alma sino el cuerpo el que toma los manjares para alimentarse, y que anda y duerme: el alma discurre, raciocina, conoce todo el mundo, ama ciertas cosas y aborrece

otras. Continuemos como por una especie de diversion. ¿Ves esta mesa? *Sí*, responde. = ¿Luego la conoces? = *Sí*. = Y ves bien que no está hecha como aquella silla: tú sabes que es de madera, y que no es como la chimenea que es de piedra? = *Sí*, contestará. Luego que conozcamos por el tono de su voz y por su vista que estas verdades le han hecho impresion, digámosle: ¿Pero esta mesa te conoce? La niña se reirá, burlándose de tal pregunta. No importa, sigamos: ¿Quien te estima mas, esa mesa ó aquella silla? La risa será tambien su respuesta. Bien. ¿Y la ventana tiene talento? ¿Y esta muñeca te contesta cuando le haces alguna pregunta? = *No*. ¿Porque? ¿Acaso no tiene alma? = *No*. Señor, *la muñeca no tiene alma*. Luego la muñeca no será lo mismo que tú, pues tú la conoces y ella no te conoce. Pero cuando hayas muerto y seas enterrada, ¿no serás como una muñeca? = *Sí*. = ¿Nada sentirás? = *No*. = ¿No conocerás á ninguno? = *No*. = ¿Y tu alma estará en el cielo? = *Sí*. = ¿Y verás allí á Dios? = *Ciertamente*. = ¿Y don-

de está ahora el alma de la muñeca? La niña sonriéndose contestará, ó á lo menos nos hará entender, que la muñeca no tiene alma.

Sobre este fundamento y por medio de estos pequeños rodeos sensibles empleados á su tiempo podremos acostumbrarla poco á poco á que atribuya al cuerpo lo que le pertenece, y al alma lo que proviene de ella, mientras que no nos adelantemos á proponerle indirectamente ciertas acciones que son comunes al cuerpo y al alma. Evitemos toda sutileza que pueda confundir estas verdades contentándonos con aclarar bien las cosas en que se halle marcada mas sensiblemente la diferencia del cuerpo y del alma. Puede que se encuentren ingenios tan groseros que á pesar de la mejor educacion no puedan entender distintamente estas verdades; pero, á mas de que puede uno concebir con bastante claridad una cosa sin que sepa explicarla del mismo modo, Dios ve mejor que nosotros en el entendimiento del hombre lo que ha puesto en él para la inteligencia de sus misterios.

A los niños que descubran un talento capaz de poder adelantar, podemos sin recargarlos con un estudio que tiene mucha parte de filosofía, hacerles concebir segun sus alcances lo que deben entender cuando se les diga que Dios y su alma son espíritus. Yo creo que el medio mejor y mas sencillo para hacerles percibir la espiritualidad de Dios y del alma, es hacerles observar la diferencia que hay entre un hombre muerto y otro vivo; en aquel no hay mas que el cuerpo, en este el cuerpo está unido al espíritu; añadiéndoles que lo que raciocina es mucho mas perfecto que lo que solo tiene figura y movimiento. Demostremosle igualmente con varios ejemplos que ningun cuerpo perece, sino que sus partes se deshacen: asi las partes de un leño que se quema, se convierten en ceniza ó en humo. Si pues podremos concluir, lo que en sí es solamente ceniza incapaz de conocer y de pensar nunca perece, ¿cuanto menos perecerá nuestra alma que conoce y que piensa? El cuerpo puede morir, esto es, puede el alma sepa-

rarse de él y reducirse á cenizas; pero el alma vivirá siempre, porque siempre pensará.

Las personas que enseñan, deben en cuanto puedan desenvolver en el espíritu de los niños estos conocimientos, que son los fundamentos de toda religion; y si no pueden conseguirlo, no por esto deben desechar ni desanimar á los ingenios torpes y tardíos, sino esperar que Dios los iluminará interiormente. Hay tambien un medio sensible y práctico para fortalecer este conocimiento de la distincion del alma y del cuerpo, y es el acostumbrar á los niños á despreciar el uno y apreciar la otra en todo lo perteneciente á las costumbres. Podrémos conseguirlo alabando la instruccion que nutre al alma y la fortalece, manifestando el aprecio que llevan consigo las grandes verdades que animan para ser sabios y virtuosos, el desprecio que se merecen las comidas opíparas, los adornos y todo lo que debilita al cuerpo; y haciéndoles conocer cuan preferibles son los sentimientos del honor, de una buena

conciencia y de la religion á los placeres sensuales y groseros. Con este medio y sin necesidad de discurrir sobre el cuerpo y el alma, los antiguos romanos que vivian antes que el engrandecimiento de su imperio hubiese alterado la sencillez de sus costumbres, enseñaron á sus hijos á despreciar su cuerpo y á sacrificarle para dar á su alma el placer de la virtud y de la gloria: y no solo las personas de alta gerarquía, si que tambien el pueblo todo era sobrio, desinteresado, lleno de desprecio para la vida, y sensible únicamente al honor y á la sabiduría.

No se diga pues que es imposible el imprimir en los niños tales sentimientos por medio de la educacion. ¡Cuantas máximas no vemos establecidas entre nosotros opuestas á los sentidos por la fuerza de la costumbre! la del duelo, por ejemplo, fundada sobre una idea equivocada del honor. No era pues efecto de un legítimo raciocinio esta máxima de pundonor por la cual se esponia la vida, y todo hombre que ceñia espada vivia en un peligro con-

tinuo. El que no tenia motivo de querella podia tenerlo á cada momento con sujetos que buscaban pretextos para distinguirse en algun desafio. Por moderado que fuese cualquiera, no era dueño, sin perder este falso honor, de evitar una querella por medio de una esplicacion ni reusar de ser padrino del primero que quisiese batirse. ¡Cuanto no ha costado el desarraigar una costumbre tan bárbara! Véase pues cuan poderosas son las ideas que imprime la educacion. ¡Y cuanto mas no lo serán para la virtud cuando sean sostenidas por la razon y por la esperanza del reino de los cielos! Los romanos de quienes acabamos de hablar, y antes de ellos los griegos, durante los tiempos felices de sus repúblicas, inspiraban á sus hijos el desprecio del fausto y de la molicie; les enseñaban á no estimar otra cosa que la gloria; á querer, no la posesion de las riquezas, sino el vencer á los reyes que las poseian, y á creer que solo en la virtud podian hallar la felicidad. Dominaba tanto este modo de pensar en aquellas

repúblicas, que hicieron hazañas increíbles siguiendo estas máximas tan contrarias á las de todos los demás pueblos. El ejemplo de tantos mártires y de muchos de los primeros cristianos de toda condicion y edad demostró que el bautismo, junto con una buena educacion, puede causar impresiones todavíamás maravillosas en los fieles para inspirarles el desprecio para todo lo que mira el placer de los sentidos. Busquemos pues todos los rodeos más agradables y todas las comparaciones más perceptibles para hacer ver á los niños que nuestro cuerpo es semejante á los brutos, y nuestra alma á los ángeles. Presentémosles un ginete montado á caballo conduciéndolo por las riendas, y digámosles que el alma con respecto al cuerpo es lo mismo que el ginete con respecto al caballo; deduciendo de esto que un alma es muy débil y miserable cuando se deja llevar por su cuerpo como por un caballo fogoso que la echa en un precipicio. Hagámosles observar también que la belleza del cuerpo es como una flor que se abre por la ma-

ñana, y por la tarde se marchita y se abandona; pero que el alma es la imagen de la hermosura inmortal de Dios. Tambien hay, añadiremos, un orden de cosas tanto mas escelentes cuanto no podemos verlas con los ojos groseros de la carne, como ven todo cuanto hay en la tierra sujeto á la mudanza y á la corrupcion. Para que los niños se penetren de que hay cosas reales que ni sus ojos ni oidos pueden percibir, es necesario preguntarles si es verdad que tal hombre es un sabio, que tal otro tiene mucho talento; y luego que hayan respondido que sí añadamos: ¿y habeis visto la sabiduría de tal hombre? que color tenia? la habeis oido? hacia mucho ruido? la habeis tocado? era fria ó caliente? No hay duda que el niño se reirá de tales preguntas, asi como de las que se hagan de un modo semejante sobre el talento ó espíritu; y parecerá muy admirado de que se le pregunte si el espíritu es colorado, si es redondo ó cuadrado. Entonces podremos hacerle entender que el conoce cosas que verdaderamente existen

y que no puede ver ni tocar, y que estas cosas son espirituales. Pero es menester ir con mucho tino para tener estos discursos con las niñas, y no los propongo aqui sino para aquellas cuya autoridad y talento nos conduzcan á pesar nuestro á estas cuestiones. Es preciso arreglarnos segun la penetracion y necesidad que veamos en ellas.

Contengamos su espíritu en lo posible dentro de los límites ordinarios, advirtiéndoles que su seso debe tener un miramiento con respecto al saber, casi tan delicado como el que inspira el horror al vicio.

Al mismo tiempo debemos valernos de la imaginacion para ayudar al espíritu, á fin de presentarles imágenes halagueñas de las verdades de la religion que el cuerpo no puede ver. Es menester que les pintemos la gloria celestial con los mismos rasgos que San Juan la representa. Enjutas todas las lágrimas, la muerte ahuyentada para siempre, desterrados los suspiros, dolores y gemidos, pasados enteramente todos los males; una alegría eterna brillará sobre

la cabeza de los bienaventurados, del mismo modo que las aguas están sobre la de un hombre abismado en lo profundo del mar. Mostrémosles aquella preciosa Jerusalem cuyo sol será el mismo Dios para formar en ella dias continuos sin mezcla de tinieblas: un rio de paz, un torrente de delicias una fuente de vida la regará, y no se verá en ella sino oro, perlas y piedras preciosas. Bien sé por esperiencia que todas estas imágenes tienen apego á las cosas sensibles; pero despues de haber embelesado á los niños con un espectáculo tan hermoso para captar su atencion, podremos servirnos de los medios que tengo indicados para conducirles hácia las cosas espirituales.

Deduzcamos que no vivimos en este mundo sino como unos pasajeros en un meson ó debajo de una tienda, que el cuerpo ha de perecer, que no puede retardar sino pocos años su corrupcion; pero que el alma volará á la patria celestial donde estará para siempre unida con Dios. Si se pudiese inculcar á los niños este hábito de

mirar con placer estos grandes objetos, y juzgar de las cosas comunes con respecto á unas esperanzas tan elevadas, se allanarian infinitas dificultades.

Yo quisiera aun imprimir bien en los niños el dogma de la resurreccion de los muertos. Para esto enseñémosles que la naturaleza no es mas que un orden general que Dios ha establecido en sus obras, y que los milagros son solo unas escepciones de las leyes generales; y asi no cuesta mas á Dios el hacer cien milagros, que á cualquiera el salir de su aposento un cuarto de hora antes de lo que acostumbra. Recordémosles luego la resurreccion de Lázaro, y en seguida la de Jesucristo, asi como sus apariciones familiares con que se manifestó á varias personas por espacio de cuarenta dias. Por fin, manifestémosles que no puede tener dificultad alguna en volver á formar el hombre el que le ha formado una vez. No olvidemos el hacerles presente la comparacion del grano de trigo que se siembra y que muere ó se pudre en la tierra para resucitar despues y multiplicarse.

Por lo demas no pretendo que los niños aprendan de memoria esta moral, como hacen con el catecismo, porque este método solo serviria para dar á la religion un language afectado, y á lo menos formalidades incómodas: ayude-mos solamente su espíritu, poniéndoles en camino de encontrar estas verdades en su propio fondo, pues de este modo se les harán mas agradables y se les imprimirán con mas viveza, y aprovechemos sus disposiciones para hacerles comprender lo que solo ven confusamente.

Pero es preciso advertir que nada hay mas peligroso que el hablarles del desprecio de esta vida sin que se penetren por toda nuestra conducta que les hablamos seriamente. En todas edades el ejemplo tiene un poder admirable sobre nosotros, pero todo lo pueden los niños, quienes no solo se complacen en imitar si no han contraido hábito alguno que les haga dificultosa la imitacion: á mas de que no siendo capaces de juzgar por sí mismos del fondo de las cosas, juzgan mas

por las obras de los que les enseñan, que por las razones con que se apoyan, causándoles mas sensacion las acciones que las palabras: si pues ellos ven practicar lo contrario de lo que se les enseña, se acostumbrarán á mirar la religion como una ceremonia brillante, y la virtud como una idea impracticable.

No nos tomemos jamas la libertad de chancearnos sobre cualquiera cosa que mire á la religion; y aunque algunos tengan por cosa indecente el ridiculizar la devocion de algun genio sencillo, ó reirse sobre lo que él consulta á su confesor ó sobre las penitencias que se hayan impuesto, se engañan, porque en esta materia todo tiene consecuencias muy notables: nunca pues se ha de hablar de Dios ni de cosas que conciernan á su culto, sino con una gravedad. y respeto bien distantes de aquellas libertades. De todo se ha de hablar con decoro, pero principalmente de estos puntos importantes; y es un dolor ver á muchas personas que siendo las mas delicadas sobre todo lo

que tiene relación con el mundo, son no obstante las mas groseras por lo que mira á la religion.

Cuando el niño haya hecho las reflexiones necesarias para conocerse á sí mismo y á Dios, recordémosle los hechos históricos que le habemos enseñado, y hallará en esto en su mente toda la religion. Él observará gustoso la relación que hay entre sus reflexiones y la historia del género humano; él habrá reconocido que el hombre no se ha hecho á sí mismo, que su alma es la imagen de Dios, que su cuerpo ha sido formado con tantos resortes admirables por una industria y poder divino, recordándole esto la historia de la creación: reparará en seguida que ha nacido con inclinaciones contrarias á la razon, que el placer le ha seducido, que la cólera le ha arrebatado, y que su cuerpo arroja su alma de sí como un caballo fogoso al ginete, en lugar de que su alma debería gobernar su cuerpo, notando la causa de este desorden en las historias del pecado de Adan y haciéndole esta misma historia esperar

al Salvador que debe reconciliar al hombre con Dios: y ved ahí todo el fondo de la religion.

Para hacer mejor entender á las jóvenes los misterios, las acciones y máximas de Jesucristo, se debe disponerlas á la lectura del Evangelio. Conviendria pues prepararlas con tiempo para leer la palabra de Dios, como se las prepara á recibir por la comunión el cuerpo de Jesucristo, poniendo por fundamento principal la autoridad de la iglesia esposa del Hijo de Dios y madre de todos los fieles, á la cual debemos escuchar, como que es ilustrada por el Espíritu Santo para esplicarnos las escrituras sagradas, y que por lo mismo no podemos ir á Jesucristo por otro camino. Leamos con frecuencia con los niños los parages en que Jesucristo promete sostener y animar á la iglesia á fin de que ella conduzca á sus hijos por el camino de la verdad. Inspiremos sobre todo á las niñas aquella sabiduría sobria y moderada que San Pablo recomienda, haciendo que teman los lazos de la novedad que ama tanto su sexo,

inspirándolas un horror saludable contra toda singularidad en materia de religion, poniéndolas á la vista aquella perfeccion celestial y maravillosa disciplina que reinaba entre los primeros cristianos, haciéndolas avergonzarse de nuestras relajaciones y desear con ansia aquella pureza evangélica, abuyentando siempre de ellas todo pensamiento de una crítica presumida y de una reforma indiscreta.

Pongamos pues en sus manos el Evangelio con los grandes ejemplos de la antigüedad, luego que hayamos probado su docilidad y la sencillez de su fe siendo la iglesia nuestro objeto principal, la cual mediante las promesas de su divino Esposo y la autoridad que ha recibido del Evangelio, ha conservado en la serie de todos los siglos y entre tantos ataques y revoluciones la sucesion inviolable de los padres y de la doctrina, con lo que se han cumplido patentemente las promesas divinas. Mientras que solidemos el fundamento de la humildad y sumision, asi como de la aversion á toda novedad sospechosa, podremos enseñar con mu-

cho fruto á los jóvenes todo cuanto se halla de mas perfecto en la ley de Dios, en la institucion de los sacramentos, y en la disciplina de la antigua iglesia. Yo sé bien que no todos los niños son capaces de recibir estas instrucciones en toda su estension, y asi solo las propongo aqui, á fin de que se les comuniquen con la mayor ecsactitud posible segun el tiempo y la disposicion de los ingenios que queramos cultivar.

Nada es mas sensible para el secso que la supersticion, pero nada le desarraiga mas ni le preserva mejor que una instruccion sólida; y aunque esta debe limitarse á unos justos límites sin entrar en los grandes estudios en que se ocupan los sabios, pasa con todo mas adelante de lo que comunmente se cree, no faltando quien se repute por sabio sin serlo, llegando á tanto su ignorancia, que ni se halla en estado de percibir lo que le falta para conocer lo esencial del cristianismo. No permitamos tampoco que se mezcle de modo alguno con la fe ó con los ejer-

cicios de piedad nada que no sea sacado del Evangelio ó autorizado por una aprobacion constante de la iglesia, y que apenas se podrian evitar si no se acudiese á su origen, y si no se conociese la instruccion de las cosas y el uso que los santos hicieron de ellas.

Acostumbremos pues las niñas, naturalmente crédulas, á que no admitan con ligereza ciertas historias no autorizadas, ni que se dediquen á ciertas devociones introducidas por un zelo indiscreto sin la aprobacion de la iglesia. El medio verdadero para enseñarlas lo que deben pensar sobre este particular, no es el de criticar lo que algun motivo de piedad ha muchas veces introducido, sino el de manifestar, sin que se vitupere, que no está apoyado en ningun fundamento sólido.

Contentémonos con no mentar estas cosas cuando instruyamos á los niños en el cristianismo, bastando este silencio para acostumbrarlos desde luego á concebir la religion cristiana en toda su integridad y perfeccion, sin cargarla de los memorados ejercicios piadosos. In-

pirémosles, sí, el deseo de saber la razón de cada ceremonia y de las palabras que componen el oficio divino y la administracion de los sacramentos: manifestémosles la pila bautismal, en la cual vean tambien bautizar; asi como en el jueves santo la consagracion de los santos óleos, y en el sabado la bendicion de las pilas bautismales: hagámosles tomar gusto, no por los sermones llenos de adornos vanos y afectados, sino por los discursos sensatos y edificantes, como buenas pláticas doctrinales y sencillas que les bagan entender con claridad la letra del Evangelio, haciéndoles observar cuanto contengan de bello y persuasivo en medio de la sencillez de estas instrucciones, é inspirándoles el amor de su parroquia donde el párroco habla con uncion y autoridad por poco talento y virtud que posea; inculcándoles igualmente la estimacion y respeto que se merecen las comunidades que concurren al servicio de la iglesia. No suframos jamas que se mofen del hábito ó del estado religioso, mostrándoles la santidad de su

instituto, la utilidad que la religión saca de ellos y el número prodigioso de cristianos, que se encaminan en aquellos santos retiros, á una perfección que es casi impracticable con las obligaciones que se contraen en el siglo. Acostumbremos á familiarizar los niños con la muerte, ó que vean sin turbarse un paño mortuorio, un sepulcro descubierto, enfermos espirando y personas difuntas, si se puede conseguir sin esponerles á convulsiones de temor y espanto.

Nada hay mas sensible que ver á muchas personas que á pesar de no faltarles talento y piedad, no pueden pensar en la muerte sin estremecerse, á otras ponerse pálidas por hallarse en una mesa en número de trece, ó por haber tenido ciertos sueños, ó por ver derribarse un salero: procuremos ridiculizar y manifestar la vanidad de estos presagios imaginarios, restos groseros del paganismo. Aunque no se ofrezcan á las mugeres las mismas ocasiones de manifestar su valor como á los hombres, no deben por esto ser miedosas: la cobardía es siempre despreciable, y

siempre son funestos sus resultados. Una muger debe saber resistir á las alarmas falsas, debe mantenerse firme contra ciertos peligros imprevistos, no debe llorar ni espantarse sino por motivos poderosos, y aun en estos debe sostenerse con la virtud. El cristiano de cualquier sexo que sea no debe ser cobarde; pues el desprecio de esta vida y el amor de la otra es, por decirlo asi, el alma del cristianismo.

CAPÍTULO VIII.

Instruccion sobre el decálogo, los mandamientos y la oracion dominical.



Lo que principalmente y sin interrupcion debe ponerse á la vista de los niños es Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe, centro de toda la religion, y nuestra única esperanza. No quiero esplicar aqui el como debe enseñarse el misterio de la encarnacion,

porque me conduciria muy lejos y por otra parte no faltan bastantes libros donde se puede encontrar todo cuanto sea necesario para la instruccion de este misterio. Cuando sus principios sean bien cimentados es preciso conformar todos los pensamientos y acciones de las personas que instruyamos sobre el modelo del mismo Jesucristo y revestido de la carne mortal para enseñarnos á vivir y á morir, mostrándonos en su cuerpo semejante al nuestro todo lo que debemos creer y practicar: no que sea preciso comparar á cada momento los sentimientos y acciones del niño con la vida de Jesucristo, porque le fatigariamos indiscretamente, bastando que le acostumbremos á contemplar la vida de Jesucristo como un ejemplar para la nuestra, y sus palabras como nuestra ley. Elijamos entre sus discursos y acciones lo que sea mas proporcionado al niño: asi, si se impacienta por sufrir alguna incomodidad, recordémosle á Jesucristo pendiente en la cruz; si le cuesta el determinarse á emprender algun trabajo molesto, pre-

sentémosle á Jesucristo trabajando en una tienda hasta la edad de treinta años; si desea las alabanzas y la estimacion de los hombres, hablémosle de los oprobios que sufrió el Salvador; si no puede conformarse con el genio de las personas que le rodean, pongámosle á la vista á Jesucristo conversando con los pecadores y con los hipócritas mas abominables: si manifiesta algun resentimiento, presentémosle inmediatamente á Jesucristo muriendo en una cruz para salvar á los mismos que acababan de crucificarle; si va á entregarse á una diversion inmodesta, pintémosle la dulzura y modestia de Jesucristo, cuya vida fue siempre tan grave y tan moderada: por fin hagamos que reflexione continuamente sobre lo que Jesucristo pensaria y diria de nuestras conversaciones, pasatiempos y aun de nuestras ocupaciones mas serias si todavía viviese entre nosotros. ¿Cual seria nuestra admiracion si se nos presentase de improviso, cuando vivimos olvidados enteramente de su ley santa? ¿Y no sucederá esto á cada uno en el instante de

nuestra muerte, y á todo el mundo en el dia terrible del juicio universal? Al llegar á este punto describamos el trastorno de la máquina del universo, el sol oscurecido, las estrellas cayendo del firmamento, los elementos abrasados corriendo como rios de fuego y desquiciados hasta de su mismo centro los fundamentos de la tierra. ¿Con que ojos pues debemos mirar al cielo que nos cubre, esta tierra que nos sostiene, estos edificios que habitamos y todos los demás objetos que nos circuyen, cuando todos son reservados para el fuego? Abrámosle en seguida los sepulcros saliendo de ellos los muertos y recogiendo los despojos de su mortalidad, representémosle á Jesucristo bajando sentado sobre las nubes con gloria y magestad, aquel libro abierto donde se verán escritos hasta los pensamientos mas secretos de los corazones, aquella sentencia pronunciada á la faz de todas las naciones y de todos los siglos, aquella gloria que se descubrirá para coronar á los justos y para hacerlos reinar con Jesucristo sobre el mismo trono; por

fin, aquel estanque de fuego y de azufre, aquella noche y aquel horror eterno, aquel rechinar de dientes, y aquella rabia comun con los demonios que será la herencia de las almas pecadoras.

No descuidemos de explicar bien á los niños el decálogo, haciéndoles ver que es un compendio de la ley de Dios, y que el Evangelio contiene con claridad lo que el decálogo entraña solo implícitamente. Hagámosles igualmente entender el sentido verdadero de esta palabra consejo, á fin de que no sigan el torrente de la opinion halagueña y demasiado comun que separa mas de lo que se debe el consejo del precepto, enseñándoles que los consejos se han dado para facilitar el cumplimiento de los preceptos, para fortalecer á los hombres contra su propia fragilidad, para alejarlos del borde del precipicio donde caerian arrastrados á él por su propio peso, y por fin que los consejos pasan á preceptos absolutos para los que no pueden en ciertas ocasiones observar los preceptos sin el auxilio de los consejos. Asi, por ejemplo, las personas que

están demasiado apegadas al amor mundano y á los lazos de las compañías, están obligadas á seguir el consejo evangélico de abandonarlo todo y retirarse á la soledad. No nos cansemos de repetir que la letra mata y que el espíritu es el que vivifica; esto es, que la mera observancia del culto exterior es inútil y nociva sino está animada interiormente por el espíritu de amor y religion; y con un language claro y sencillo hagámosles ver que Dios quiere ser honrado con el corazon y no con los labios, que las ceremonias solo sirven para escitar nuestra religion, pero que no son la religion misma; que esta es toda interior, pues Dios quiere que le adoremos en espíritu y verdad, que le amemos interiormente y que consideremos en la naturaleza como si no estuvieran en ella s.no Dios y nosotros; que él no tiene necesidad de nuestras palabras, posturas, ni tampoco de nuestras riquezas; que solamente quiere á nosotros; que debemos practicar lo que la ley manda para conseguir el fruto ó fin que se propuso en su institucion, y así

que para nada sirve el oír el santo sacrificio de la misa sino se oye con objeto de unirse á Jesucristo sacrificado por nuestra salud, y de contemplar afectuosamente todo lo que nos representa su inmolacion. Concluyamos diciéndoles que todos los que clamarán: Señor, Señor, no serán admitidos en el reino de los cielos; y que si no entramos en los verdaderos sentimientos de amor de Dios, de abandono de los bienes temporales, de desprecio para nosotros mismos, de horror para el mundo, el cristianismo será solo para nosotros como una mera fantasma.

Pasemos á los sacramentos: esplicadas ya las ceremonias á medida que los niños las van presenciando, como tenemos dicho, les harémos percibir mejor su espíritu y su objeto inculcando con esto á los niños cuan grande cosa es el ser cristiano, y cuan vergonzoso es al paso que funesto el serlo como lo son la mayor parte de los hombres en el mundo. Recordémosles pues con frecuencia los escorcismos y las promesas hechas en el bautismo,

para manifestarles que los ejemplos y máximas del mundo, bien lejos de tener ninguna autoridad sobre nosotros, deben hacernos sospechoso todo cuanto nos venga de un manantial tan odioso y emponzoñado; ni temamos en representarles, como San Pablo, al demonio reinando en el mundo y agitando los corazones de los hombres por medio de todas las pasiones violentas que les hacen buscar las riquezas, la gloria vana y los placeres; añadiéndoles que esta pompa es mas del demonio que del mundo, que es un espectáculo de vanidad al cual nunca debe abrir el cristiano ni su corazon ni sus ojos. El primer paso que damos por el bautismo, es renunciar á todas las pompas mundanas: volver pues al mundo despues de unas promesas tan solemnes hechas á Dios, es caer en una especie de apostasía, como un religioso que despues de haber hecho solemnemente sus votos abandonase su claustro y su túnica de penitente, para volver otra vez al siglo.

Inculquémosles la obligacion de no hacer caso de los desprecios mal fun-

dados, de las chanzas impías, y de las violencias del mundo, pues la confirmacion nos hace soldados de Jesucristo para combatir á este enemigo: el obispo, les dirémos, os ha dado un golpe en la mejilla para haceros fuertes contra los golpes mas violentos de la persecucion; os ha unguido con el óleo sagrado, para representaros los antiguos atletas que se untaban de aceite á fin de hacer sus miembros mas ágiles y vigorosos para presentarse al combate; por fin, ha hecho sobre vosotros la señal de la cruz, para manifestaros que debeis ser crucificados con Jesucristo. Es verdad, continuemos, que no nos hallamos en aquellos tiempos de persecucion, en los que sufrían la muerte los que no querían renunciar el Evangelio; pero el mundo, que siempre será mundo, esto es, corrompido, persigue siempre de un modo indiscreto á la piedad, le tiende lazos para perderla, la desacredita, se mofa de ella, y hace tan difícil su práctica en la mayor parte de los estados ó condiciones, que en medio mismo de las naciones cristianas y en

la que la religion tiene el apoyo de la autoridad soberana, se ve el hombre casi en peligro de avergonzarse del nombre de Jesucristo y de imitar su vida.

Representémosles con la mayor viveza la felicidad que tenemos de incorporarnos con Jesucristo por el sacramento de la eucaristía. Por el bautismo nos hace hermanos suyos, pero por la eucaristía nos declara sus miembros; y así como por el misterio de la encarnacion se habia entregado á toda la naturaleza humana en general, por el de la eucaristía que es una consecuencia tan natural de la encarnacion, se da á cada fiel en particular. Todo es real en la serie de estos misterios. Jesucristo nos da su cuerpo tan verdaderamente como lo habia tomado; pero es hacerse reo del cuerpo y sangre del Señor, el beber y comer su juicio, el comer la carne de Jesucristo sin vivir de su espíritu. Cualquiera, dice él mismo, que come mi cuerpo debe vivir solo por mí.

¡Pero que desgracia, les diremos, de

necesitar del sacramento de la penitencia, que nos supone pecadores despues de haber tenido la dicha de ser hijos de Dios! Y aunque este poder del todo celestial, que se ejerce sobre la tierra, y que Dios ha confiado á los sacerdotes para atar y desatar á los pecadores segun sus necesidades, sea un manantial tan copioso de misericordias, debemos siempre estremecernos por el temor de abusar de los dones de Dios y de su paciencia. En cuanto al cuerpo de Jesucristo, que es la vida y consuelo de los justos, debemos desear con el mayor ardor alimentarnos de él todos los dias; pero en cuanto al remedio de las almas enfermas, debemos formar el deseo de llegar á su santidad tan perfecta, que disminuyamos su necesidad; y aunque esta, por mas que hagamos, siempre será grande, seria peor si hiciesemos toda nuestra vida un círculo continuado del pecado á la penitencia y de esta al pecado. Debemos pues confesarnos para convertirnos y corregirnos; pues de otra manera las palabras de la absolucion por poderosas que

sean por la institucion de Jesucristo, no serian á causa de nuestra indisposicion sino palabras, pero tan funestas que sellarian nuestra condenacion en presencia de Dios. Una confesion sin mudanza interior, bien lejos de descargar nuestra conciencia del fardo de sus pecados, añadiría á estos el de un monstruoso sacrilegio.

Hagámos leer á los niños los preces de los agonizantes, que son admirables: expliquémosles los que la iglesia hace y dice cuando administra la estremauncion á los moribundos, dándoles el consuelo de recibir todavía una renovacion de la uncion sagrada para salir victoriosos de este último combate: pero debemos advertirles que para merecer las gracias es preciso ser fiel á las que recibimos de la vida.

Admiremos las riquezas de la gracia de Jesucristo que no se desdeñó de aplicar el remedio á la fuente del mal, santificando el origen de nuestro nacimiento que es el matrimonio. ¡Cuan conveniente era formar un sacramento de esta union del hombre con la mu-

ger, que representa la de Dios con su criatura y la de Jesucristo con su iglesia! ¡Cuan necesaria esta bendicion para moderar las pasiones brutales de los hombres, para derramar la paz y el consuelo en todas las familias, y para transmitir la religion, como una herencia, de generacion en generacion! De esto debemos deducir que el matrimonio es un estado muy santo y muy puro, aunque lo sea menos que la virginidad; que el hombre debe ser llamado á él, y que no debe buscar en este enlace ni los placeres sensuales ni la pompa mundana, sino desear solamente el dar el ser á nuestras criaturas para que sean santas.

Alabemos la infinita sabiduría del Hijo de Dios que establece pastores para representarle entre nosotros, para instruirnos en su nombre, para distribuirnos su cuerpo, para reconciliarnos con él despues de haberle ofendido, para formar todos los dias nuevos fieles y tambien nuevos pastores que nos guien despues de su muerte, á fin que la iglesia se conserve sin interrupcion

*



en todos los siglos. Manifestémosles cuanto debemos regocijarnos de que Dios haya comunicado un poder tan grande á los hombres, y con que sentimiento de religion debemos respetar á los ungidos del Señor, por ser hombres de Dios y los dispensadores de sus misterios; asi como debemos bajar los ojos y gemir profundamente al notar en ellos la menor mancha que empañe la brillantez de su ministerio, que deberiamos desear lavar con nuestra propia sangre. Su doctrina no es suya: el que la escucha, escucha al mismo Jesucristo; y cuando se reunen en nombre de Jesucristo para explicar las escrituras, el Espíritu Santo habla por ellos. No pueden disponer de su tiempo, y por lo mismo no debemos permitir que descendan de tan alto ministerio para ocuparlos de los negocios del siglo, pues deben dedicarse exclusivamente á la palabra divina y á la oracion por ser los mediadores entre Dios y los hombres; y aun menos se ha de pretender aprovecharse de sus rentas, que son el patrimonio de los

pobres y el precio de los pecados del pueblo : pero es todavía un desorden mas escandaloso querer dedicar á sus parientes y amigos á este temible ministerio sin vocacion alguna , y solo con la mira de intereses temporales.

Falta demostrar la necesidad de la oracion fundada sobre la necesidad de la gracia , que hemos ya explicado. Dios , dirémos al niño , quiere que le pidamos su gracia , no porque el ignore lo que necesitamos , sino porque quiere sujetarnos á una peticion que nos escite á conocer esta necesidad ; y asi ecsige de nosotros la humildad de nuestro corazon , el conocimiento de nuestra impotencia y de nuestra miseria , y por fin la confianza en su bondad , consistiendo esta peticion en la intencion y en el deseo , pues Dios no necesita que le hablemos. Muchas veces se habla mucho sin orar , y muchas se ora interiormente sin pronunciar ninguna palabra. Con todo pueden ser muy útiles las palabras para escitar en nosotros los pensamientos y afectos que espresan , si tenemos la atencion debida ; por cu-

ya razon Jesucristo nos dejó una fórmula para orar. ¡Cual pues no ha de ser nuestro consuelo al saber por el mismo Jesucristo el modo con que su Padre quiere que le dirijamos nuestras súplicas! ¡Cuanta fuerza no han de tener unas peticiones que el mismo Dios ha puesto en nuestros labios! ¡Como ha de dejar de concedernos lo que él mismo ha querido que le pidamos! Manifestémosle luego despues cuan sencilla y sublime es esta oracion dominical, y cuan llena de todo cuanto podemos esperar de lo alto.

No podemos decidir el tiempo en que los niños hayan de hacer su primera confesion, pues depende del estado de su espíritu, y aun mas del de su conciencia: es preciso enseñarles que cosa es la confesion desde el momento en que parezcan capaces de entenderlo: en seguida atendamos á la primera falta que cometan, é inculquemosles la confesion y el remordimiento de aquella. Cuando ya el niño esté instruido de lo que es la confesion, él mismo buscará naturalmente el consue-

lo, acusándose de la falta al confesor; pero procuremos escitarle un vivo arrepentimiento, y que halle en la confesion un consuelo sensible, á fin de que esta primera confesion haga en su espíritu una impresion extraordinaria, y que sea para él un manantial de gracias para todas las otras.

Al contrario, me parece que la primera comunión debe hacerla el niño en el tiempo en que habiendo llegado al uso de razon, parezca mas dócil y mas libre de todo defecto considerable; y entre estas primicias de la fe y de amor á Dios, gustará mas á Jesucristo por medio de las gracias de la comunión. Debemos hacérsela desear desde mucho tiempo; esto es, ya desde su primera infancia, como el mayor bien que pueda disfrutar en la tierra mientras que está esperando las delicias del cielo. Creo que seria muy conveniente que esta primera comunión se administrase con la mayor solemnidad posible, para que el niño se figure que todo el mundo tiene fija la vista y la atencion sobre él en aquellos dias, que le con-

sideran feliz, que toman parte en su alegría, y que esperan de él una conducta superior á su edad por efecto de una accion tan grande. No obstante, aunque sea preciso preparar al niño para la comunión, creo que luego que se haya bien dispuesto no debe retardársele demasiado esta gracia preciosa antes que su inocencia se vea espuesta á las ocasiones peligrosas donde comienza á marchitarse.

CAPÍTULO IX.

Observaciones sobre varios defectos de las niñas.



Nos resta hablar del cuidado con que debemos preservar á las niñas de muchos defectos comunes á su sexo. Ellas se crían en una molicie y timidez que las hacen incapaces de una conducta constante y arreglada, afectando al principio y contrayendo luego un há-

bito de temores mal fundados, origen de lágrimas que despues derraman con suma facilidad: si queremos pues corregirlas, despreciemos estas afectaciones picando de este modo su vanidad.

Debemos tambien reprimir sus amistades cuando son demasiado afectuosas, sus pequeñas envidias, sus cumplimientos escesivos, sus lisonjas y sus deseos inmoderados; porque todo esto las pervierte y las acostumbra á mirar como árido y austero con esceso cuanto es grave y serio. Tambien hemos de inclinarlas á que aprendan á hablar breve, y concisamente, pues el buen talento consiste en evitar todo discurso inútil, y en decir muchas cosas en pocas palabras: circunstancia poco comun en las mugeres, pues siendo generalmente propensas á hablar mucho y decir poco, fundan el talento en la facilidad de hablar y en la viveza de imaginacion. De aqui es que nunca hacen eleccion entre sus ideas, ni meditan con respecto á las cosas que han de explicar; y apasionándose á casi todo lo que dicen, la pasion misma las

hace habladoras: nada bueno podemos esperar de una muger, sino la reducimos á que reflexione sobre lo que ha de decir, á que ecsamine sus pensamientos, á que los explique con claridad y precision, y á que sepa callar despues.

Otra de las cosas que contribuyen á que sean largos los discursos de las mugeres es que habiendo nacido cautelosas, usan de grandes rodeos para llegar al fin que se han propuesto, gustando mucho de las sutilezas. Y ¿como pueden dejar de gustar de ellas cuando, ignorando otra prudencia mejor, aquel arte es la primera cosa que el ejemplo les ha enseñado? Ellas tienen un natural siempre dispuesto para representar cualquiera especie de escenas, pues las lágrimas nada les cuestan, sus pasiones son vivas y sus conocimientos limitados; proviniendo de esto que nada desprecian para lograr su intento, pareciéndoles buenos cualesquiera medios que no admitirian otros entendimientos mas arreglados: y asi es que discuriendo apenas para ecsaminar

si les conviene desear alguna cosa, son no obstante muy ingeniosas para conseguirla.

Añadamos á todo esto que son tímidas y están poseidas de falso pudor, circunstancia que les hace aun mas disimuladas. Para precaver tamaño mal, no las pongamos jamas en la necesidad de fingir: acostumbremoslas si á que manifiestan ingenuamente sus deseos ó inclinaciones sobre toda cosa que sea lícita: sean pues libres de declarar su disgusto cuando se incomoden, y que nunca se vean obligadas á aparentar que gustan de ciertas personas ó de ciertos libros que no les agradan.

Muchas veces una madre, preocupada por su confesor, manifiesta no estar contenta de su hija hasta que ella tome á su cargo su educacion, á lo que la hija se presta políticamente, aunque sea contra su gusto. Debemos sobre todo procurar que jamas entren en sospecha de que se quiera inclinarlas al claustro; porque este pensamiento les quita la confianza que deben tener en sus padres, les per-

suade que no las aman, agita su espíritu y las hace representar por muchos años el papel de hipócritas. Si desgraciadamente llegan á tomar el hábito de ocultar sus pensamientos y su modo de pensar, el único medio que nos queda para sacarlas de su error, es el instruir las sólidamente de las máximas de la verdadera prudencia; así como experimentamos que el medio de separarlas de las frívolas ficciones de los romances es el de inspirarles gusto por las historias útiles y agradables. Si no las alagamos con una curiosidad razonable, ellas se la formarán desarreglada; y así mismo sino fortificamos su espíritu con la verdadera prudencia, se inclinarán á la falta que es fingimiento ó disimulo. Manifestémosles, con ejemplos, que sin valerse de ningún artificio se puede ser discreto, cauto, y atento á los medios legítimos para conseguir lo que se desee. Digámosles que la prudencia consiste principalmente en hablar poco, en desconfiar mas bien de sí que de los otros, y en no hacer discursos falaces y representar el papel

de enredador ó chismoso. La rectitud de conducta y la reputacion universal de probidad atraen mayor confianza y aprecio, y por consiguiente mas ventajas á su tiempo que los medios tortuosos. ¡Cuanto no distingue á una persona esta probidad juiciosa, disponiéndola para cosas grandes!

Añadamos á esto que cuanto busca el artificio es bajo y despreciable, y una bagatela que uno no se atreveria á nombrar, ó una pasion perjudicial. Cuando se quiere solamente lo que se debe querer, se desea sin rebozo y se busca por caminos rectos y con moderacion. ¿Puede haber cosa mas agradable y mas cómoda que ser sincero, siempre tranquilo, y estar de acuerdo con sí mismo, sin tener nada que recelar ni inventar: en lugar de que una persona disimulada está siempre llena de agitaciones, de remordimientos, rodeada de peligros, y en la deplorable necesidad de ocultar un artificio con otros ciento?

Con estas vergonzosas inquietudes los talentos superficiales jamas evitan

el inconveniente de que huyen, pues tarde ó temprano son conocidos y pasan por lo que son. Si engañan al mundo por alguna accion particular, el mundo conoce bien el todo de su vida; quedan siempre á descubierto y muchas veces se ven burlados de los mismos á quienes tratan de engañar, porque se les aparenta creerlos, y no dudan merecer el aprecio de los que verdaderamente los detestan. Pero á lo menos no pueden garantizarse de las sospechas; y ¿que cosa hay mas opuesta para conseguir las ventajas que un amor propio arreglado debe desear, que el hacerse sospechoso? Digámosles poco á poco estas cosas á los niños, segun las ocasiones, las necesidades y su particular ilustracion.

Hagámosles tambien observar que al artificio procede siempre de un corazon bajo y de un talento limitado; pues el hombre no es disimulado sino por querer ocultarse no siendo lo que debe ser, ó bien porque pretendiendo cosas lícitas se vale para conseguirlas de medios indignos, por no saber ele-

gir los decorosos. Que noten tambien los niños la indiscrecion de ciertos artificios que ven practicar con el desprecio que acompaña á sus autores; y avergoncémosles cuando les sorprendamos disimulando alguna cosa. Privémosles tambien de lo que mas quieren si han pretendido lograrlo disimuladamente, declarándoles que lo tendrán siempre que lo pidan con franqueza; y compadezcámonos igualmente de sus pequeñas flaquezas animándoles á que nos las manifiesten. El falso rubor es el mal mas peligroso y que ecsige un pronto remedio, porque si por desgracia se llega á descuidar hace incurables todos los demas.

Hagámosles conocer cuan detestables son aquellas sutilezas con que algunos quieren engañar al prójimo sin llegar á avergonzarse de haberlo engañado, siendo todavia mas bajas y fraudulentas dichas sutilezas que los artificios comunes. Pues aquellos practican en algun modo con buena fe el artificio, pero estos le revistan de un nuevo disfraz para autorizarlo. Digamos pues al niño,

que Dios es la verdad misma, que se burla de Dios el que oculta la verdad en sus palabras, que debe hablar poco y con precision y ecsactitud para decir únicamente lo necesario, á fin de respetar la verdad.

Guardémonos bien de imitar aquellas personas que aplauden á los niños cuando manifiestan su talento por medio de alguna sutileza; pues bien lejos de que estos rodeos sean agradables y divertidos, merecen la mas severa reprehension, y por lo mismo debemos procurar que todos sus artificios les salgan fallidos, á fin de que la esperiencia se los haga aborrecer; porque si se les aplaudiesen semejantes defectos, se persuadirian fácilmente de que la habilidad consiste en el arte de disimular.

CAPÍTULO X.

De la vanidad de la belleza, y de los trages.

LA vanidad es una cosa muy temible en las niñas, mayormente si es con el deseo de agradar; pues como quiera que tienen cerrados los caminos que conducen á los hombres al ejercicio de autoridad y á la gloria, procuran indemnizarse con los adornos con que adornan tanto su cuerpo como su talento. De aqui proviene su conversacion halagueña y seductora, sus deseos inmensos de parecer hermosas y agraciadas, y su pasion dominante hácia las modas: un gorro, un cabo de cinta, un rizo mas alto ó mas bajo, y la eleccion de algun color, son para ellas otros tantos negocios importantísimos.

Estos excesos se ven mas en la nacion francesa que en otra cualquiera:

el genio voluble que nos caracteriza es causa de la variedad continua de modas, añadiendo con esto el amor de la novedad el del modo de vestir que tanto los hechiza; y estas dos locuras unidas, traspasando los límites de las condiciones, desarreglan todas las costumbres. Cuando se ha perdido el orden ó arreglo en cuanto al modo de vestir y al de amueblar las casas, se pierde tambien el de las condiciones; pues no pudiendo la autoridad pública arreglar la mesa de los particulares, cada uno la elige segun sus facultades, ó mas bien, sin que las tengan siguiendo solo su ambicion y vanidad.

Este lujo arruina las familias, y esta ruina ocasiona la corrupcion de costumbres. De una parte el lujo excita en las personas de bajo nacimiento el vehemente deseo de una fortuna pronta, que no puede adquirirse sin pecado, como el Espíritu Santo nos lo asegura. De otra parte, las personas de distincion que carecen de recursos cometen vilezas y humillaciones horribles para sostener sus gastos, estinguendo

sucesivamente el honor, la fe, la probidad y hasta la fuerza del natural entre parientes los mas cercanos.

Todos estos males son efecto de la autoridad que las mugeres vanas tienen en decidir sobre las modas, haciendo pasar por ridículos á cuantos han querido conservar la gravedad y sencillez de las costumbres antiguas.

Dediquémonos pues á hacer entender á las niñas cuanto mas estimable es el honor como hijo de una buena conducta y de una verdadera inteligencia, que el que les resulta de su peinado y de sus atavíos. La belleza, les diremos, engaña mas á la persona que la posee, que á los que ella embriaga; perturba y embriaga el alma, siendo mas idólatra de sí misma, que lo son los amantes mas apasionados de la persona que aman. Ni hay mas diferencia entre una persona hermosa y otra que no lo es que la de un corto número de años; y la hermosura no puede dejar de perjudicar, á no ser que sirva para conseguir una colocacion ventajosa. Pero ¿como podrian contraer

un enlace semejante, no siendo sostenidas por el merito y la virtud? No mediando esta circunstancia, solo puede una señorita unirse con un jóven atolondrado que la hará infeliz á menos que con su discrecion y modestía no llame la atencion de los hombres juiciosos, que solo buscan y aprecian las calidades sólidas en una muger. Las que fundan toda su gloria en su hermosura, pasan luego á ser ridículas y llegan sin advertirlo á una cierta edad en que la belleza se marchita, continuando ellas en el embeleso de sí mismas, á pesar de que el mundo las mire ya con disgusto. Por fin es tan fuera de razon el tener apego únicamente á la belleza, como el querer fundar todo el mérito de un hombre en la fuerza ó robustez de su cuerpo, como lo hacen los pueblos bárbaros y salvages.

Tratemos ya de los trages y de las modas. Las verdaderas gracias no dependen de un modo de vestir vano y afectado; pues aunque sea cierto que pueda buscarse la limpieza, la proporcion y buen gusto en los vestidos ne-

cesarios para cubrir nuestro cuerpo, tambien lo es que las estofas con que nos vestimos y que podemos hacer cómodas y agradables á la vista, nunca podrán convertirse en adornos que constituyen una verdadera hermosura.

Quisiera tambien que las señoritas parasen igualmente su atencion en la noble sencillez que vemos en las estatuas y en otras figuras que conservamos de las mugeres griegas y romanas; pues verian en ellas cuan agradables y magestuosas se presentan con sus cabellos trenzados echados al desgaire sobre sus espaldas, y con su ropage ancho y flotante á largos pliegues; mayormente si oyesen hablar sobre estos cuadros á los pintores y otras personas que tienen gusto delicado por la antigüedad.

Por poco que su espiritu se elevase contra las preocupaciones de las modas, despreciarian muy pronto sus peinados tan distantes del natural, así como los vestidos de una forma demasiado complicada. No pretendo que las señoritas vistan á lo antiguo; pues esto se-

ria una extravagancia; pero podrian muy bien sin singularizarse, aficionarse á aquella sencillez de vestido tan noble como gracioso, y por otra parte tan conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en su exterior con el uso del dia, sabrian á lo menos lo que deberian pensar de él, mirarian la moda como una servidumbre incómoda, y solo la seguirian en lo que no pudieran escusarse. Hagamos que observen con frecuencia y á su tiempo la vanidad y ligereza que constituyen la inconstancia de las modas, y cuan equivocadas van en abultarse la cabeza con peinados y gorros, cuando las verdaderas gracias siguen á la naturaleza.

Pero la moda se destruye por sí misma: desea siempre llegar á la perfeccion y nunca la encuentra, ó á lo menos no quiere detenerse; seria razonable, si solo cambiase para no cambiar mas despues de haber hallado la perfeccion que la hiciese cómoda y graciosa; pero mudar incesantemente y solo por mudar; ¿no es acaso esto

una prueba de inconstancia y desarreglo, mas bien que del verdadero aseo y del buen gusto? Asi es que no vemos generalmente en las modas sino el capricho, sobre cuya decision parece que conservan un derecho las mugeres. Solo ellas son consultadas y creidas sobre el particular, y de este modo los talentos mas superficiales, y menos instruidos, arrastran y dominan á los otros; ni eligen ni desechan nada con método, bastándoles que una cosa bien inventada esté ya en uso mucho tiempo, para abandonarla; y que otra aunque ridícula ocupe su lugar, para ser admirada solo porque es nueva.

Establecido ya este principio, manifestemos á las señoritas las reglas de la modestia cristiana, diciéndoles que sabemos por nuestros misterios santos que el hombre nace en la corrupcion del pecado; que su cuerpo, atormentado por una enfermedad contagiosa, es un manantial de tentaciones para el alma, que Jesucristo nos enseña á fundar toda nuestra virtud en el temor y en la desconfianza de nosotros mismos;

¿querriais por ventura, podemos decir á una jovencita, arriesgar vuestra alma y la de vuestro prójimo por una loca vanidad? Mirad pues con horror la desnudez del pecho y cualquiera otra deshonestidad; pues aunque cometierais estas faltas sin ninguna intencion dañada, á lo menos sería una vanidad y un anhelo desordenado de agradar. ¿Y esta vanidad puede justificar delante de Dios y de los hombres una conducta tan temeraria, tan escandalosa y tan contagiosa para otros? ¿Conviene acaso en un alma cristiana este deseo de agradar, cuando debe mirar como una idolatría todo cuanto la separe del amor del Criador y del desprecio de las criaturas? Pero, ¿qué es lo que pretende una muger cuando se empeña en agradar? ¿No es por desgracia el deseo de escitar las pasiones de los hombres? ¿Y acaso las tienen en sus manos para contenerlas? Si traspasan sus límites, ¿no deberá imputarse á sí misma todas sus consecuencias? ¿Y no los traspasan cuando se han inflamado? Vosotras preparais un veneno sutil y mortal, y der-

ramándole en todos los espectadores aun os creis ser inocentes! Añadid oportunamente ejemplos de varias señoritas cuya modestia las hizo recomendables, asi como de aquellas que han experimentado las fatales consecuencias de su inmodestia: sobre todo no permitamos que vistan ni lleven ningun adorno superior á su clase ó condicion. Reprimamos con severidad todos sus caprichos, presentándoles de cerca el peligro á que se esponen, y el desprecio con que las miran los hombres sensatos cuando ellas olvidan su estado y su clase.

Solo falta desengañar á las jóvenes de talento despejado. Si no las contemos á tiempo cuando demuestran alguna viveza, se empeñan en cualquier asunto, quieren hablar de todo, deciden sobre obras desproporcionadas á su capacidad, y afectan incomodarse por delicadeza. Una muchacha no debe hablar sino por lo que verdaderamente necesite, y siempre con aire de duda y de diferencia; ni debe tampoco hablar de asuntos superiores á los alcan-

ees comunes de las de su edad, aunque tenga conocimiento de ellos. Si tiene mucha memoria, viveza, dichos agudos y chistosos, y facilidad de hablar con gracia, hay mil otras mugeres aunque muy poco sensatas y muy despreciables que poseen estas mismas calidades; pero si tiene una conducta igual y consecuente, un talento regular, si es reservada y sabe dirigir algun negocio, esta calidad rara la distinguirá de su secso. Si se presentan delicadas y afectan aburrirse, es preciso reprimirlas manifestándoles que el buen gusto consiste en acomodarse á todo lo que ofrezca alguna utilidad.

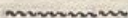
Nada hay mas apreciable que el buen sentido y la virtud, las cuales hacen mirar el tedio y la displicencia no como una delicadeza laudable, sino como una flaqueza de un espíritu débil.

Pero ya que es preciso vivir con genios groseros y ocuparse en cosas que no son muy gratas, la razon que es la única delicadeza bien fundada, consiste en hacerse grosero con las personas

groseras. Un genio que gusta de la cortesania ó la etiqueta, pero que sabe prescindir de ella cuando la necesidad lo ecsige para detenerse en cosas mas sólidas, es infinitamente superior á los talentos nimios que se dejan dominar de su misma repugnancia.

CAPÍTULO XI.

*De la instruccion de las mugeres
sobre sus obligaciones.*



PASEMOS ahora á los pormenores que deben constituir la instruccion de una señora, y veamos para ello cuales son sus deberes. La educacion de sus hijos, la de los muchachos hasta cierta edad, y la de las niñas hasta que se casen ó se encierran en el claustro; observar la conducta costumbres y servicio de sus criados; cuidar de los pormenores del gasto; los medios de hacerlo todo con economía y sin mezquindad; el

orden y la paz interior de la familia, siendo un modelo de todos los individuos que la componen; y tener en fin nociones del manejo y recaudacion de sus rentas, para el caso de que el estado de viudez ú otro cualquier incidente la obligue á administrar por sí sus bienes: tales son los encargos ú obligaciones de una madre de familia ó ama de casa.

Su ciencia, como la de los hombres, debe limitarse á lo que tenga relacion con sus funciones, siendo la diversidad de los empleos la que haga los estudios. Es preciso reducir la instruccion de las señoras á lo que acabo de decir, y si una muger curiosa juzga que estos límites son muy estrechos para su curiosidad se engaña pues no conoce la importancia y estension de las cosas cuya instruccion acabo de proponerle.

¡Cuanto discernimiento no necesita para conocer el natural y genio de cada uno de sus hijos, para hallar el modo de conducirse con ellos, el mas propio para descubrir su genio, su inclinacion y su talento, para ponerlos

á salvo de pasiones nacientes, para persuadirles é inspirarles buenas máximas y curarlos de sus errores! ¡Cuanta prudencia no debe tener para adquirir y conservar sobre ellos la autoridad sin perder su amistad y confianza! y á mas de esto, ¿no tiene necesidad de observar y conocer á fondo las personas que pone ó permite á su lado? sin dudas luego una madre de familia debe estar plenamente instruida en la religion, y tener un entendimiento maduro, firme, aplicado y experimentado para gobernar su casa.

¿Podrá dudarse de que las señoras tienen á su direccion todos estos cuidados cuando recaen naturalmente sobre ellas, aun durante la vida de sus maridos que deben ocuparse de otros negocios; tocandole todavía mas de cerca si son viudas? San Pablo enlaza de tal modo, en general, el bien del alma con la educacion de sus hijos, que asegura que de ellos depende su salvacion.

No esplico aqui todo quanto las señoras deben saber para educar á sus

hijos, porque este tratado manifestará bastante la estension de conocimientos que convendria tubiesen. Juntemos á este gobierno la economía tan despreciada por la mayor parte de ellas, mirandolo como una ocupacion baja y propia solamente de gente plebeya ó campestre, de colonos, ó cuando mas de un mayordomo y de una ama de gobierno; sobre todo, las señoras criadas en la molicie, la abundancia y ociosidad, son indolentes y se desdeñan de entrar en todos estos pormenores. No hacen gran diferencia entre la vida del campo y la de los salvages del Canadá, y si les hablamos de la venta del trigo, del cultivo de las tierras, de las varias naturalezas de rentas, del cobro de los reditos y de otros derechos, del mejor modo de hacer los arriendos, ó de establecer los recaudadores, creen que queremos reducir las ú obligarlas á ocupaciones que las deshonoran.

No obstante, la ignorancia solamente es lo que hace despreciar esta ciencia de economía. Los antiguos griegos

y romanos, tan hábiles como cultos, la aprendian con el mayor cuidado, habiendo los principales talentos de entre ellos compuesto y publicado, guiados por su propia esperiencia, varios libros de esta ciencia que todavía se conservan entre manos, y en los cuales han marcado igualmente hasta lo mas mecánico de la agricultura. Nadie ignora que sus conquistadores no se desdeñaban de labrar sus tierras y de volver al arado, al salir de su triunfo. Pero esto dista tanto de nuestras costumbres, que no podria creerse si la historia nos ofreciese el menor pretesto para dudarlo. ¿Acaso no es muy natural que un gobierno piense en defender ó estender su pais para cultivarlo pacificamente? ¿De que sirve la victoria sino para coger los frutos de la paz? y sobre todo, la solidez del entendimiento consiste en querer instruirse ecsactamente del modo con que se hacen las cosas en que estriva la conservacion y el bien estar de la vida humana á cuyo fin se dirigen todos los grandes negocios. La fuerza y felicidad de un es-

tado se funda no en tener muchas provincias mal cultivadas, sino en sacar de la tierra que posee todo cuanto necesita para alimentar comodamente un pueblo numeroso.

Se necesita sin duda un genio mas elevado, y capáz para instruirse de todas las artes que tienen relacion con la economía, y para ponerse en estado de gobernar bien una familia que forma una especie de república, que para divertirse, discurrir sobre modas, ó egercitarse en donaires y dichos graciosos para la conservacion. Vemos por todas partes mugeres cuya conversacion abunda de máximas sólidas, pero que por no haberse aplicado con tiempo á lo que les interesaba principalmente, todo es frívolo en su comportamiento. Guardémonos no obstante del extremo opuesto. Las mugeres corren mucho peligro de ser estremadas en todo: es cierto que conviene acostumbrarlas desde niñas á gobernar alguna cosa, á contar, ha ver de que modo se han de hacer las compras de lo que necesitan, y saber como debe estar echa

la cosa para que sea útil al fin que se proponen; pero tambien es muy de temer que esta economía toque en avaricia, por lo cual se hace preciso el manifestarles circunstanciadamente lo ridículo de esta pasión. Entended, les podemos decir, que la avaricia gana poco, y que os deshonor mucho: un talento razonable solo debe buscar en una vida frugal el evitar la vergüenza y la injusticia unidas á una conducta prodiga y franca. Solo deben cercenarse los gastos superfluos, para poder hacer con mas liberalidad los que la decencia, la amistad y caridad escigen. Muchas veces se gana mucho perdiendo de intento, pues los grandes lucros se deben al buen orden, y no á ciertos ahorros mezquinos. No olvidemos el recordarles el error grosero de aquellas mugeres que economizan con el mayor cuidado una bugia, y se dejan engañar en las cuentas que les presentan sus mayordomos sobre el total de sus rentas. En cuanto al aseo, inspiremosles las mismas ideas que sobre la economía, acostumbrando á las niñas á que

no sufran nada sucio ni desarreglado, y que noten el menor desorden que haya en una casa, observando que nada contribuye mas á la economía y al aseo que el tener colocada cada cosa en su lugar. Parece que esta regla para nada sirve, pero se verian sus buenos efectos si se observase con toda escrupulosidad; con ella, si tenemos necesidad de alguna cosa, no perdemos un momento en buscarla, ni sucede turbacion alguna, ni disputa, ni embarazo para encontrarla, pues se halla á ciegas; resultando siempre lo mismo si se tiene cuidado de reponerla en su lugar. En este orden se funda una de las principales partes del aseo, la vista deleita al ver un arreglo tan exacto, y á mas cómo el lugar que cada cosa ocupa es el que mas conviene no solo por la simetría sino tambien por su conservacion, se estropea menos, no está tan espuesta á perderse, y se mantiene con limpieza; un vaso por ejemplo ni se cubrirá de polvo ni peligrará de quebrarse, si se le vuelve á su lugar inmediatamente que haya servido, pues

el genio que todo lo arregla con exactitud, no permite que nada se coloque sin que esté muy limpio. Unamos á estas ventajas la de quitar por esta costumbre á los criados toda indolencia y confusion. Y no es poca ventaja tambien la de ser servido con prontitud y facilidad quitandose así mismo la ocasion de impacientarse con frecuencia por los retardos que causa el desarreglo de los cosas, costando mucho el encontrarlas. Pero evitemos al mismo tiempo el exceso de la finura y del aseo; cuando este es moderado es una virtud, pero cuando es excesivo se convierte en apocamiento de espíritu. El buen gusto desecha la delicadeza excesiva, y trata las cosas pequeñas como sin incomodarse. Acostumbremos á las niñas á un aseo sencillo y facil de practicar, manifestémosles el modo mejor de hacer las cosas, y mas aun de abstenerse de ellas, diciéndoles que es demostrar mucha hajeza y apocamiento de genio el reñir por causa de estar mal sazonado un plato, no bien cogida una cortina, ó por estar

una silla mas alta ó mas baja de lo que ellas quisieren.

Es seguramente mas propio de una persona ilustrada el pasar voluntariamente por grosera, que por delicada en cosas de tan poca importancia. Esta fatal delicadeza que tienen las mugeres de talento, sino se reprime con tiempo, es todavía mas peligrosa para las conversaciones que para todo lo demas, pues la mayor parte de las personas, les incomodan y fastidian, el menor defecto en la politica les parece una monstruosidad y siempre son burlonas y se manifiestan incomodadas. Es preciso que les hagamos comprender con tiempo que nada demuestra mas poco juicio que el juzgar superficialmente de un sugeto por sus modales exteriores en lugar de ecsaminarse su talento, sus sentimientos, y sus cualidades útiles: que un hombre de provincia con su aire grosero, y si se quiere, ridículo y con sus cumplimientos inoportunos, si tiene un buen corazon y un talento regular, es mas digno de aprecio que un cortesano, que

bajo el velo de una finura delicada y completa oculta un corazon ingrato, injusto y capáz de toda suerte de bajezas. Añadámos que son muy débiles los que son muy propensos á disgustarse é incomodarse; pues no hay persona cuya conversacion sea tan insípida, de la que no se pueda sacar de ella alguna cosa buena, aunque se debe siempre elegir la mejor, cuando hay libertad de hacerlo; y que cuando se vea precisado á conversar con ella se contente con hacerle hablar de lo que sepa, pues las personas de talento pueden siempre sacar alguna instruccion y provecho hasta de los sugetos menos ilustrados.

CAPÍTULO XII.

Continuacion de las obligaciones de las señoras.

HABLEMOS de la ciencia de hacerse servir, que no es de poca consideracion, consistiendo en la eleccion de criados que tengan honor y religion. Para esto es preciso conocer los ministerios y encargar que deben egercer, el tiempo y trabajo que cada uno exige, el modo de desempeñarlo, y el gasto que necesite. Seria fuera de razon, por ejemplo, el reñir á un repostero si se le obligará á componer alguna empanada ú otra cosa mas pronta de lo que pudiese, ó bien si el ama no supiese que cantidad de arina y demas ingredientes eran necesarios para hacerlo; en tal caso se espondrian á ser la mofa, ó bien el verdugo de sus criados, si no tuviese conocimiento

de los respectivos oficios de cada uno de ellos.

Debe igualmente la ama penetrar sus genios, manejar sus talentos, y gobernar ó civilizar cristianamente toda su pequeña república, que generalmente es bastante ruidosa. No hay duda que es necesario valerse de la autoridad, porque cuanto menos quieran los criados escusar la razon, tanto mas deben sugetarse por el temor; pero como todos son cristianos, y bajo esta cualidad nuestros hermanos en Jesucristo, y que debemos respetarlos cual miembros suyos, estamos obligados á no ejercer la autoridad sobre ellos sino cuando no basta la persuasion.

Procurad pues, ó señoras, haceros amar de vuestros domésticos sin familiarizaros bajamente; no entreis en larga conversacion con ellos, pero no temais tampoco hablarles con afecto, dulzura y sin altivez sobre lo que necesiten. Que vivan seguros de encontrar en vosotras asi el consejo como la compasion, ni los reprendais agriamente por sus defectos, de los que no debeis ma-

nifestar ni sorpresa ni enfado, mientras que conserveis la esperanza de que se corrijan; hacedles entender con dulzura la razon, y disimulad las faltas que cometan en serviros á fin de ponerlos en estado de conocerlos con calma de que es mas por su interés, que por el de que os sirvan bien, el hablarles sin enojo ni impaciencia. Confieso que no será fácil acostumarlos á esta conducta suave y caritativa, porque la impaciencia y el ardor de la juventud unidos á la falsa idea que se les imprime de su nacimiento, los hace mirar á los criados poco menos que caballos, creyendose ser de una naturaleza diferente de la suya, y aun suponiendo que son criados para la comodidad de sus amos. Esforcémonos pues á persuadirles de cuan contrarias son estas maximas á la modestia que se deben á sí mismas y á la humanidad que deben á sus prógimos, de que los hombres no han sido criados para ser servidos; que es un error brutal creer que hay hombres nacidos para lisonjear la pereza y el

orgullo de otros, que habiendose establecido la servidumbre contra la igualdad natural de los hombres, es preciso hacerla llevadera en cuanto se pueda; que los amos que han sido mejor educados que sus criados, teniendo en sí muchos defectos, no deben esperar que sus domésticos estén esentos de ellos, mayormente cuando les han faltado asi la instruccion como los buenos ejemplos; por fin que si los criados se echan á perder sirviendo malamente, lo que se llama en general *ser bien servido*, echa á perder aun mas á los amos, porque esta facilidad de sacrificarlo todo á sus antojos y de entregarse sin reserva á sus deseos, solo sirve para debilitar el alma, enardecerla y apasionarla á las menores comodidades.

Nada es mejor para el gobierno doméstico que acostumbrar las niñas á él con tiempo, confiandoles la direccion de alguna cosa, con la condicion de dar cuenta de su resultado. Esta confianza les llenará de satisfaccion, pues la juventud siente un placer inesplica-

ble cuando comienza á merecer confianza, haciendola entrar en algun asunto de gravedad. Tenemos un ejemplo de esto en la reina Doña Margarita: esta princesa cuenta en sus memorias que el mayor placer, que experimentó en su vida fue cuando su madre principió á hablarla siendo aun muy jóven, como si fuese una persona ya de juicio; y que sintiose enagenada de alegría al gozar de la confianza la reina, y de su hermano el Duque de Anjou, sobre los secretos del estado, cuando no habia conocido hasta entonces sino las diversiones pueriles. Permitámosles igualmente alguna falta en estos ensayos sacrificando alguna cosa para su instruccion, advirtiendola solamente con dulzura lo que hubiera de haber dicho ó echo para evitar los errores que haya caido, contandole para animarla las faltas que hubieramos cometido en nuestra juventud, semejantes á las suyas, inspirandole con eso aquella confianza sin la cual la educacion termina en solo formalidades incómodas.

Enseñemos á una niña á leer y es-

escribir correctamente. Es muy vergonzoso aunque bastante general, ver á señoras que tienen talento y finura, no saber pronunciar bien lo que leen, ó que titubean y cantan en su lectura en lugar de pronunciar con un tono sencillo y natural pero firme aunque energético y persuasivo; faltando aun mas groseramente en la ortografía, y en el modo de formar y trabar las letras cuando escriben: acostumbremosles pues á lo menos á que formen sus líneas rectas y que el caracter sea límpio y legible. Convendría igualmente, que las niñas aprendiesen la gramática de su lengua nativa, no por medio de reglas como los estudiantes aprenden la latina en la escuela, sino habituandolas sin afectación á que no tomen un tiempo por otro, á que se sirvan de términos propios, á que espliquen claramente sus conceptos con orden y de un modo lacónico y preciso, siendo esto suficiente para que puedan algun dia enseñar á sus hijos á hablar bien, sin necesidad de estudio. Es bien sabido que en la antigua Roma la madre de los

Gracos contribuyó mucho por medio de una buena educacion á hermosear la elocuencia de sus hijos que llegaron á ser unos hombres tan famosos.

Deberian aprender las cuatro reglas de la aritmética, para mandarles hacer cuentas, pues siendo esta una ocupacion que incomoda á muchas personas, solo una costumbre tomada desde la infancia junto con la facilidad de resolver con prontitud con el uso de las reglas, toda suerte de cuentas aun las mas enredadas, disminuiría mucho su fastidio, mayormente si se reflexiona que de la ecsactitud en el contar depende á veces el arreglo de una casa.

Igualmente seria útil instruir las algun tanto sobre las principales reglas de justicia y derecho: por ejemplo la diferencia que hay entre un testamento y una donacion, lo que es un contrato, una sustitucion, un reparto entre coherederos, las principales reglas del derecho ó de las costumbres del pais donde se vive para que los actos sean válidos, lo que es el comun de un pueblo, y que son bienes muebles

é inmuebles, pues si se casan, caerán sobre estas cosas sus principales negocios.

Pero al mismo tiempo debemos manifestarles su incapacidad, para querer profundizar las dificultades del derecho, las oscuridades y reglas dudosas de que esta lleno, las variaciones de la jurisprudencia, la incertidumbre de todo cuanto depende de los jueces por claro que parezca, y cuanto incomodan, al paso que arruinan, las dilaciones en los tramites y el fallo de las mejores causas. Hacedles una pintura ecsacta, de la agitacion de una audiencia, del furor de las trampas y enredos, de los subterfugios y sutilezas en el modo de enjuiciar, de los gastos inmensos que esto causa, de la miseria de los litigantes, de las mañas de todos los que se enriquecen empobreciendo á las partes: añadámos á esto los medios que convierten en nada; por el modo de actuar una causa buena en el fondo, las máximas y opiniones de los tribunales, que en el uno se gana lo que se pierde en el otro, las competencias

que se suscitan sobre jurisdiccion, y el riesgo en que se halla un litigante de pleitear muchos años en el tribunal superior para la sola decision de juez competente, y por fin la diversidad que se nota entre los abogados y jueces sobre un mismo punto, dandolo por ganado en la consulta, y perdiendolo muchas veces con costas en el tribunal.

Todo esto me parece muy importante para impedir que las señoras se afiecionen á los pleitos, abandonandose ciegamente á ciertos consejeros enemigos de la paz, cuando son viudas, ó bien dueñas absolutas de sus bienes en cualquiera otro estado, ellas deben escuchar sus agentes de negocios ó á sus procuradores, pero no entregarse á su direccion.

Deben pues desconfiar de ellos en las causas que intenten emprender; consultar las personas de un talento mas capaz é instruido, asi como mas propenso á las ventajas de una composicion, y por fin persuadirse bien de que la principal habilidad sobre estos asuntos

consiste en preveer sus inconvenientes y saberlos evitar.

Las niñas que reunen á un nacimiento distinguido un dote ó bienes de consideracion, necesitan conocer las obligaciones que tienen las señoras en sus feudos ó tierras que posean. Enseñémosles pues lo que deben practicar para impedir los abusos, las violencias, los enredos y mentiras tan comunes en los campos. Instruirlas en los medios de establecer las escuelas de primera educacion, y ejercer la caridad para aliviar los enfermos pobres, para establecer algunas veces el trafico en ciertos parages á fin de disminuir en ellos la miseria, y principalmente para procurar al pueblo una instruccion sólida, y una civilizacion cristiana: pero todo esto pediria unos pormenores demasiado estensos para esplicarlos aqui.

Cuando hablemos de las obligaciones de los señores, no debemos olvidar sus derechos, y asi les esplicarémos lo que se entiende por feudos, por señor directo, homenaje, rentas, diezmos enfeudados, derechos de tascas, laude-

mios, indemnizaciones, amortizacion y confesiones, apeos y otras cosas semejantes, siendo tan indispensables estos conocimientos como que de ellos depende el buen gobierno de las posesiones ó propiedades.

Despues de estas instrucciones que deben siempre ocupar el primer lugar, creo no seria inutil permitir á las niñas á proporcion de su tiempo libre y de sus alcances la lectura de libros profanos que no contengan nada de peligroso para fomentar las pasiones, siendo este igualmente un medio para inspirarles aversion á las comedias y romances: pongamos pues en sus manos historias griegas y romanas donde encontrarán prodigios de valor y de desinteres sin olvidarnos de las de su nacion en la que hallarán muchas bellezas, ni tampoco de las de sus vecinas, asi como de los paises distantes que sean escritas juiciosamente para ilustrar su entendimiento y elevar su alma á sentimientos grandes mientras que se evite la vanidad y afectacion. Se cree generalmente que una joven de distincion para ser bien edu-

cada debe aprender las lenguas italiana y francesa si es española, ó esta y aquella si es francesa, pero yo ninguna utilidad encuentro en semejante estudio á menos que no se halle al servicio de alguna princesa; fuera de esto, solo podrá servirles para leer libros peligrosos y capaces de aumentar los defectos de las mugeres, causándoles mas daño que provecho. El de la lengua latina seria mas razonable, por ser el idioma de la iglesia, pudiendo sacar un fruto y consuelo inestimable de entender el sentido de las palabras del oficio divino al que asisten frecuentemente, y aun los que buscan las bellezas en los discursos las hallarán mas perfectas y mas sólidas en el latin que en el español frances ó italiano donde reinan muchas veces un juego de entendimiento y una viveza de imaginacion sin orden: no obstante yo no permitiria que aprendiesen el latin sino las jóvenes de un juicio firme y de una conducta modesta, que solo emprendiesen este estudio por lo que vale en sí, que abandonasen toda curiosidad vana, que ocultasen lo que hubiesen apren-

didó, y que no buscasen en él otra cosa que su propia edificacion.

Tambien les permitiria, bien que con grande pulso en la eleccion de obras, la lectura de las de elocuencia y poesia, si viere que la tuviesen inclinacion á ella y que su juicio fuese bastante sólido para limitarse al verdadero uso de estas cosas, en las que desearia la sobriedad mas ecsacta por temor de no conocer demasiado las imaginaciones vivas, pues todo lo que puede percibir el amor cuanto mas se presenta moderado y encubierto, tanto mas me parece temible y peligroso.

Iguales precauciones debemos tomar en quanto á música y la pintura pues todas estas artes son hermanas y tienen un mismo atractivo. En quanto á la música sabemos que los antiguos no permitian entre ellos la melodia afeminada, mirándola como perniciosa á una república culta, porque debilita á los hombres inspirándoles la molicie y el deleite, pues los tonos languidos y afectuosos no embelesan tanto, sino porque el alma se abandona al atractivo de los sen-

tidos hasta enagenarse enteramente. Por esta razon los magistrados de Esparta rompian todos los instrumentos cuya armonia era estremadamente deliciosa consistiendo en esto uno de los principales cargos de su policia, y Platon condena con la mayor severidad todos los tonos voluptuosos que formaban parte de la música asiática; con mayor razon pues los cristianos que nunca deben buscar el placer por el solo deleite que causa, deben mirar con horror estas diversiones llenas de veneno.

La poesía y la música, si se les quitase todo lo que no conduce á un verdadero objeto, podrian emplearse con mucho provecho para escitar en el alma unos sentimientos vivos hacia la virtud; y asi es que tenemos muchas poesías en la escritura sagrada que segun parece, los hebreos cantaban. Los cánticos han sido los primeros monumentos que han conservado distintamente, á mas de la escritura, la tradicion de las cosas divinas entre los hombres. Hemos ya visto cuan poderosa habia sido la música entre los pueblos gentiles para

*

elevant el alma sobre los sentimientos vulgares. La iglesia ha creído que no podía consolar mejor á sus hijos que haciendo cantar las alabanzas de Dios. No podemos pues abandonar estas artes consagradas por el mismo Dios. Una música y poesía cristiana servirán mucho para hacer odiosos los placeres mundanos: pero en el modo de pensar tan preocupado de los hombres, es casi siempre peligroso el gusto y afición por estas artes. Debemos pues sin dilacion alguna hacer conocer á una niña apasionada á tales impresiones, que puede encontrar los mayores atractivos en la música concretándola á objetos piadosos. Si tiene voz y genio para sus bellezas, no será fácil impedir que las conozca y cuanto se haga para ello no hará mas que fomentar su pasión, y así vale mas dar un curso regular á este torrente, que hacer pruebas para detenerlo.

Es mas fácil que la primera se dirija mejor, teniendo un privilegio para las señoras quienes no podrían perfeccionar sus obras sin auxilio del dibu-

jo. Sé muy bien que pudieran reducir á labores sencillos que no ecsigen conocimientos de ningun arte, pero supuesto el plan que debemos tener de ocupar el talento al mismo tiempo que las manos de las señoras de distincion, desearian que se empleasen en aquellas obras cuyo trabajo el arte ó industria sazonasen con algun placer. Tales obras no pueden tener ninguna verdadera hermosura sin el auxilio ó conocimientos del dibujo, proviniendo de su falta que casi todas las muestras que vemos en los tejidos, encages y bordados son de muy mal gusto, pues no tienen ni orden ni diseño ni proporcion. Estas cosas pasan por hermosas porque cuestan mucho trabajo á los que las fabrican, y mucho dinero á los que las compran. Su brillo deslumbra á los que las miran de lejos ó no lo entienden, las mugeres tienen sus reglas sobre ello y pasaria por visionario cualquiera que quisiera entrar en discusion con ellas. Pudieran no obstante desengañarse consultando la primera, y por su medio ponerse en disposicion en hacer con un

coste mediano y con un placer grande, obras de una noble variedad, y tambien acabadas y hermosas que serian superiores á los caprichos irregulares de las modas.

Deben igualmente temer y huir de la ociosidad pensando que todos los primeros cristianos de cualquiera condicion que fuesen, trabajaban, no para divertirse, sino para entregarse á una ocupacion seria, continua, y útil. El orden natural, la pena impuesta al primer hombre y en él á toda su posteridad, el grande ejemplo que nos ha dejado el hombre nuevo de Jesucristo, todo nos obliga á una vida laboriosa, segun el estado ó ministerio de cada uno.

Para trazarnos el plan de educacion de una niña es preciso considerar á mas de su condicion, los lugares en que haya de vivir y el estado cierto ó que probablemente abrazará, distrayendola absolutamente de que conciba ninguna esperanza de colocarse de un modo superior á su clase bien sea con relacion á su fortuna ó sus bienes, ó bien á su nacimiento. Apenas se encontrará una

persona que no haya tenido que arrepentirse de haber elevado sus miras sobre su esfera, y que no le fastidie aquello mismo que la hubiera hecho feliz, desde el momento en que aspiró á un rango superior al suyo. Si una niña debe tener su destino en el campo, debemos con tiempo dirigir su mente á las ocupaciones campestres sin permitirle que pruebe las diversiones de la ciudad; manifestemosle las ventajas de una vida santa y activa, y si es de la clase media privemosla de que trate con personajes de la corte á fin de que no tome un aire ridiculo y ageno de su estado; encerremosla dentro de la esfera de su condicion, ofreciendole por modelos los sugetos que son dichosos en ella, habituemosla á las cosas que debe practicar toda su vida; enseñémosle la economia de una casa de campo, como ha de cuidar los productos de las tierras, y de las rentas y alquileres, procedentes de los bienes y casas de la ciudad, como han de educarse los hijos, y por fin todos los pormenores de las otras ocupaciones que constituyen los nego-

cios caseros y aun el comercio en el cual podrá ser que entre cuando se haya casado. Al contrario si quiere hacerse religiosa debemos concertar nuestro plan de educacion al estado á que ella aspira probando seriamente las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo sin esperar las pruebas del noviciado que ya es un especie de vínculo con relacion al honor mundano : acostumbrémosla pues al silencio y egercitémosla á obedecer cosas que se opongán á su genio y á sus hábitos ecsaminémosla poco en poco para ver si es capaz de practicar la regla que quiere profesar , habituémosla á una vida frugal sobria y laboriosa , manifestémosle detalladamente la felicidad que disfruta el que sabe prescindir de todo cuanto la vanidad y la molicie y aun el bien parecer del mundo hacen como necesarias á las personas que viven fuera del claustro ; en una palabra , haciendo que se traten como pobres , hagámosle conocer la felicidad que Jesucristo tiene prometida á los que egercen la pobreza de espíritu : por fin , empleemos todo cuanto sea necesario para alejar de

su corazón toda especie de vanidad mundana, y sin obligarle á hacer pruebas demasiado espuestas ó peligrosas descubramosle las espinas que ocultan los falsos placeres que el mundo ofrece, presentándoles á la vista sugetos que son desgraciados en medio de los deleites.

CAPÍTULO XIII.

De las Ayas.

Estoy previendo que muchos mirarán este plan de educacion como un precepto quimérico, pues se necesitarían dirán algunos, un discernimiento, una paciencia y un talento extraordinarios para ponerlo en practica; ¿y donde se hallan preguntarán ayas capaces de entenderlo? y con mayor razon, ¿donde ecsisten las que pueden seguirlo? Contesto rogando que se reflexione atentamente que cuando se emprende una obra sobre la mejor educacion que se

pueda dar á los niños no debe hacerse á medias ni contentarse con dar reglas imperfectas: no deben tomar á mal que hayamos buscado y elegido lo mas perfecto. Es verdad que en la práctica no se podrá adelantar como nuestros pensamientos que nada los detiene sobre el papel, con todo aunque no pueda egecutarse este trabajo hasta su perfeccion, no será inutil el haberlo conocido y hecho los esfuerzos posibles para conseguirlo, pues este será siempre el mejor medio de acercarnos á ella. De otra parte esta obrita, no supone una naturaleza cabal y perfecta en los niños, ni una reunion de todas las circunstancias mas felices para conseguir una educacion consumada. Al contrario, yo procuro dar remedio con aplicacion á los naturales de mala índole ó pervertidos; supongo los errores que ordinariamente se cometen en la educacion, y recorro á los medios mas sencillos para enmendar en todo ó en parte lo que se necesite. Es verdad que no se hallará en esta obrita el modo de enderezar y sacar fruto de una edu-

eacion descuidada y mal dirigida ¿Pero debe esto admirar? ¿No es lo mejor que puede desearse el encontrar en ella reglas sencillas, cuya práctica escrupulosa produzca una educacion sólida? Confieso que se puede hacer y se hace todos los dias mucho menos en favor de los niños de lo que me propongo, pero demasiado tambien se ve lo que sufre la juventud, á causa de abandono. El camino que señalo, aunque dilatado en la apariencia es el mas corto en la realidad porque conduce directamente al objeto que señala, el otro camino, que es del temor y de un cultivo superficial de los ingenios, por corto que parezca, es demasiado largo, porque casi nunca se llega por él al solo verdadero fin de la educacion que consiste en persuadir é inspirar el amor sincero de la virtud. La mayor parte de los niños que se han guiado por este camino tienen que volver á principiarlo cuando su educacion parece ya concluida, y despues de haber pasado los primeros años de su entrada en el mundo en cometer faltas muchas veces irreparables.



es necesario que la esperiencia y sus propias reflexiones les hagan encontrar todas las máximas que aquella educacion incomoda y superficial no habrá sabido inspirarles. Debe tambien observarse que las primeras penalidades que pido se tomen para educar á los niños, y que las personas sin esperiencia miran tan molestas é impracticables, ahorran incomodidades mucho mas desagradables, y allanan unos obstaculos que hace insuperables la continuacion de una educacion menos exacta al paso que torpe. Por fin, reflexionese que para realizar este proyecto de educacion se trata menos de hacer cosas que pidan un talento superior, que de evitar faltas groseras que hemos indicado detalladamente. Muchas veces no se exige mas que no forzar ó apresurar á los niños, estar continuamente á su vista, observarlos, inspirarles la mayor confianza, responder rectamente y con franqueza á sus preguntas, dejar obrar su natural para conocerlo mejor, y corregirlos con paciencia y suavidad cuando se engañan ó cometen alguna

falta. No es justo pretender que una mala aya dirija una buena educacion, mucho es sin duda, el dar reglas para conseguirla por los cuidados de una persona de un mediano talento, y no es excesivo el ecsigir de esta persona, que tenga á lo menos un juicio sentado, un genio tratable y un verdadero temor de Dios. Pues esta aya no encontrará nada sutil ni abstracto en esta obrita, y cuando no la comprendiera, minuciosamente, bastará que entienda lo sustancial. Procurad los que la elijais para educar á vuestras hijas que lean frecuentemente este escrito, leedsele tambien vosotras, permitiendola que os interrumpa para pedir os la explicacion de lo que no entienda, ó no quede bien persuadida, y ponerlo en práctica en seguida, y á medida que reparéis que pierde de vista, cuando hable á la niña, las reglas de este escrito que habrá prometido observar hacedsele notar con suavidad y secretamente. Este trabajo sin duda os será molesto pero si sois el padre ó madre del niño esta es una obligacion de que no podeis

prescindir: de otra parte, no experimentaréis por mucho tiempo grandes dificultades sobre esto, porque si la aya es juiciosa, perspicaz y dócil, aprenderá mas en un mes con la práctica y con vuestras lecciones, que con largos razonamientos, y con esto seguirá en breve por si misma el camino que se le ha trazado. Lograreis todavía la ventaja para aliviaros de estas tareas de que ella hallará en esta obrita los principales discursos que debe dirigir á las niñas sobre las máximas mas importantes, de modo que no tendrá mas trabajo que imitarla, y asi tendrá á la vista una coleccion de las conversaciones que debe tener con la niña sobre las cosas que esta hallase mas difíciles; siendo esto una especie de educacion práctica que la conducirá como con la mano. Podreis igualmente hacer uso del catecismo histórico con mucha utilidad, haciendo que la aya que habeis instruido, lo lea con frecuencia fijando principalmente la atencion en el prólogo donde se esplica este método de enseñar. Debemos no obstante confesar que

son muy raras las personas aun de este mediano talento que puedan encontrarse. Pero es preciso un instrumento propio para la educacion, porque las cosas mas sencillas no se hacen por sí mismas, y salen siempre mal cuando son hechas por ignorantes. Escoged pues en vuestra casa ó en vuestras posesiones ó en la de vuestros amigos, ó bien en las comunidades bien arregladas alguna joven que creais capaz de recibir una buena instruccion, idla formando con tiempo para este empleo, y tenedla algun tiempo á vuestro lado para experimentarla antes de confiarle una cosa tan preciosa. Cinco á seis ayas instruidas de este modo sabrian en breve formar un grande número de otras, y si como pudiera muy bien suceder nos engañásemos en muchas de ellas, siempre saldrán algunas buenas, y no nos hallaríamos en el grande embarazo en que nos vemos cada dia. Las comunidades religiosas y seglares que se dedican segun su instituto á la educacion de las niñas podrán tambien entrar en egecucion de este plan para formar sus di-

rectoras y pensionistas y maestras de escuela.

Pero aunque sea grande la dificultad de encontrar ayas, es preciso confesar que hay otra todavía que la excede y es la irregularidad de los padres, pues todo es inútil si ellos no quieren concurrir al trabajo de esta educación. El fundamento de todo consiste en que inspiren á sus hijos máximas sanas y les presenten ejemplos edificantes siendo esto desgraciadamente lo que solo puede esperarse de un corto número de familias, pues en la mayor parte de las casas, solo se ve confusión, mudanzas, y un conjunto de criados que son otros tantos genios encontrados, como motivos de discordia entre los amos. ¡O que escuela tan fatal para los niños! Muchas veces una madre que pasa su vida entre el juego, el teatro y las conversaciones indecentes se lamenta con tono grave de no poder encontrar una aya capaz para educar sus hijos; ¡Pero que fruto podrán sacar de la mejor educación á vista de tal ejemplo! Se ven además padres, como dice S. Agustín,

que conducen ellos mismos á sus hijos á los espectáculos públicos, así como á otras diversiones que precisamente no pueden dejar de hacerles mirar con tedio y aversion la vida seria y ocupada á que los mismos padres pretenden dedicarlas, mezclando de este modo el veneno con el alimento saludable. Solo hablan de prudencia, y discrecion mientras que van acostumbrando la imaginacion vaga de las niñas á las violentas sensaciones que escitan las representaciones sentimentales así como las óperas alejando así el gusto hácia la aplicacion. Ellos inspiran el deleite de las pasiones y les hacen encontrar con facilidad la inocencia en los placeres; y con esto aun pretenden que salgan bien educadas, mirando como austera y melancólica la educacion, sino va mezclada del bien y del mal. ¿No es esto pretender que sus hijas tengan una buena educacion, sin querer tomarse ningun trabajo para lograrla reusando el sugerirse á las reglas mas indispensables y de las cuales no se pueden prescindir? Concluamos con el cuadro que el

sabio nos ha trazado de una muger fuerte; ella, dice, es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los confines del mundo: en ella pone el corazón de su marido su confianza, el cual no tendrá necesidad de despojos para vivir: le alcanza el bien todos los días de su vida y nunca el mal: busca lana y lino de que hace labores con la industria de sus manos, viene á ser como la nave de un comerciante que con la industria trae de lejos el sustento: se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos, y el alimento á sus criados: pone la mira en unas tierras y las compra: de lo que gana con sus manos planta una viña, revistese de varonil fortaleza y fortifica su brazo: prueba y hecha de ver que su trabajo le fructifica: ha gustado y visto cuan útil es su tráfico; su luz por tanto arde perene toda la noche: aplica sus manos á los quehaceres toscos y domésticos, y sus dedos manejan el huso: abre su mano para socorrer el mendigo, y estiende sus brazos para amparar al ne-

cesitado: no teme al frio, ni á las nieves, todos sus domésticos estan abrigados; ella misma se tejió el vestido de púrpura y lino: su esposa se presenta ilustre en las puertas ó asambleas públicas, sentado entre los hombres venerables del pais: ella teje finisimas telas, las vende, y entrega tambien ricos ceñidores ó fajas á los negociantes canaños: la fortaleza y el decoro son sus atavios, y estará alegre y risueña en los últimos dias: abre su boca con sabios discursos y la ley de la bondad y del amor gobierna su lengua: vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan: levantaronse sus hijas y la aclamaron dichosísima, su marido tambien y la alabó diciendo: muchas son las hijas ó esposas que han acumulado riquezas, mas tu has aventajado á todas; engañoso es el donaire y vana la hermosura, la muger que teme al Señor, esa será la celebrada: dadle alabanza para que goze del fruto de sus manos y celebrense sus obras en la pública asamblea de los jueces.

Aunque la extrema diversidad de

costumbres, la concision y fuerza de las frases presentan á primera vista obscuro este language, se encuentra no obstante en él un estilo tan vivo y tan enérgico que embelesa á cualquiera que lo ecsamine: pero yo deseo que se considere sobre todo que la autoridad de Salomon el mas sabio de los hombres, es la del mismo Espíritu Santo cuyas palabras son tan magníficas para hacer admirar en una muger rica y noble su sencilléz de costumbres, la economía y el trabajo al mismo tiempo.



CARTA

DE M. DE FENELON

ARZOBISPO DE CAMBRAI,

*á una señora de distincion, sobre la
educacion de su hija.*



YA que os habeis empeñado en que os escriba con franqueza, voy señora á esponeros mis ideas sobre la educacion de vuestra hija.

Si tubierais muchas á vuestro cargo pudierais encontrar embarazos para educarlas á causa de los negocios que os obligan á mantener un trato mas exterior de lo que quisierais. En este caso podriais escojer algun convento de reputacion donde las pensionistas reciban una educacion sana; pero ya que no

teneis mas que una hija para educar y que Dios os ha hecho capaz de educarla, creo que lo hareis por vos misma mejor que en cualquiera convento. Los ojos de una madre sabia, tierna y cristiana penetran indudablemente lo que otros no pueden descubrir. Mas como son muy raras estas cualidades, el partido mas seguro que pueden tomar las madres es el de confiar á los conventos la educacion de sus hijas, porque muchas veces suelen carecer de los conocimientos necesarios para instruir las; y aun cuando los posean no saben fortificarlas con el ejemplo de una conducta severa y cristiana sin la cual las instrucciones mas sólidas no causan impresion alguna, porque todo cuanto pueda una madre decir á su hija lo destruye á veces con sus obras. No puede Señora suceder esto con vos, pues todos vuestros pensamientos se dirigen á Dios, la religion es la primera de vuestras atenciones, y solo inspirareis á vuestra hija lo que ella os verá practicar. Por esta razon os exceptuo de la regla general y os prefiero á cualquiera

convento para educarla, siendo muy ven-
 tajoso para ella el que la tengais á vues-
 tro lado. En un convento que sea re-
 gular veria favorecida la vanidad que es
 el veneno mas sutil para una joven. En
 él oiria hablar del mundo con una es-
 pecie de encanto, no habiendo cosa que
 cause una impresion mas funesta que
 esta imagen engañosa del siglo, que le
 contempla de lejos con admiracion, ec-
 sagerando todos sus placeres sin mani-
 festar sus errores y amarguras; el mun-
 do nunca deslumbra tanto como cuan-
 do se mira de lejos sin haberle visto de
 cerca, y sin conocerse sus errores y
 amarguras por esto temeria mas á un
 convento donde hubiesen penetrado las
 macsimas mundanas que al mismo mun-
 do. Al contrario si el convento guarda
 y observa las reglas de su instituto, una
 joven de distincion va creciendo en él
 con una ignorancia profunda del siglo,
 lo que seria sin duda una felicidad si
 pudiese durar siempre. Pero si la jóven
 sale de este convento y vuelve á la
 casa de sus padres donde haya concu-
 rrencia de gentes, nada hay mas que te-

mer que esta sorpresa y esta grande conmocion de una imaginacion viva. Una jóven que ha mirado al mundo con indiferencia á fuerza de no conocerlo, y en la cual la virtud no ha echado todavía fuertes y profundas raizes, está muy procsima á creer que se le han ocultado cosas admirables y embelesadoras. Ella sale del convento como una persona que habiendo sido criada entre las tinieblas de una profunda caverna, pasase de repente á ver la luz del sol. Nada deslumbra mas que un tránsito imprevisto, y que este primer resplandor que se ofrece á la vista; asi es mucho mejor que una niña vaya acostumbrandose poco á poco al mundo al lado de una madre piadosa y discreta, que solo le manifieste lo que conviene que vea, que le descubra los defectos cuando se presenten las ocasiones, y que la de el ejemplo de no usar de sus cosas sino con moderacion y solo en los casos de necesidad. Aprecio mucho la educacion que se da en los buenos conventos; pero cuento mas todavía con la de una buena madre cuando puede dedicarse á

ella. Infero pues que vuestra hija está mejor á vuestro lado que en el mejor convento que pudierais elegir. Pero hay pocas madres á quienes pueda darse un consejo semejante.

Es verdad que esta educacion correria grandes peligros, si no tuvieseis el cuidado de escoger con precaucion las criadas que deben estar al servicio de vuestras hijas; vuestras ocupaciones domésticas, y el trato civil de que no podeis prescindir os impiden el tener siempre á la vista á vuestra hija. Es muy conveniente que no os separeis de ella sino lo menos posible, però no podreis tampoco llevarosla á todas partes. Si la dejais al cuidado de criadas de un genio inconstante, desordenado é indiscreto, la causaria mas daño en ocho dias, que el bien que podais hacerle en muchos años. Semejantes personas que generalmente han recibido una mala educacion, la transmitirian insensiblemente sus resabios. Ellas hablarán entre sí con demasiada libertad en presencia de la niña, que observándolo todo se creará poder hacer lo mismo. Manifestarán

unas máximas falsas y peligrosas; la niña las oira murmurar, mentir, sospechar con ligereza, y disputar fuera de proposito, verá zelos, enemistades, génios caprichosos é incompatibles, y algunas veces devociones falsas ó supersticiosas, sin que traten de enmendar los defectos mas groseros. De otra parte estas personas de un genio adulator, procuran complacer á una niña con fatales condescendencias, y lisonjas las mas peligrosas. Confieso que la educacion que se da en los conventos mas medianos seria mejor que la doméstica que acabo de indicar; pero yo supongo que no perdereis nunca de vista á vuestra hija, fuera de los casos de absoluta necesidad; y que tendreis, á lo menos, una persona de toda confianza que os responderá de ella en cuantas ocasiones os vereis obligada de dejarla. Es preciso que esta persona tenga bastante juicio y virtud para saber tomar el aire de una autoridad suave, para contener las otras sirvientes en su deber, para corregir á la niña sin atraerse su odio, y para daros cuenta de cuanto merezca alguna

atencion para lo sucesivo: confieso que no es muy fácil encontrar una muger de estas circunstancias, pero es absolutamente necesario buscarla, y gastar lo conveniente para que permanezca en vuestra casa. Pueden á la verdad notarse en ella algunos errores ó defectos que incomoden, pero es preciso contentarse mientras tenga las cualidades esenciales y tolerar los defectos mezclados con ellas, porque sin una persona que no tenga otra ocupacion que la de ayudaros, no podriais conseguir vuestros fines.

Como vuestra hija manifieste un talento bastante adelantado, con mucho despejo facilidad y penetracion, es muy de temer que tome el gusto por lo que llaman bello ingenio, y por un exceso de curiosidad vana y peligrosa. Vos me permitireis señora decir algunas cosas que no deberán incomodaros, porque de ningun modo son aplicables á vos. Las mugeres tienen mas aficion á los adornos del talento que del cuerpo. Las que tienen alguna disposicion para el estudio y que creen poder distinguirse por este

medio, tienen una afición mas decidida á sus libros que á sus modas. Ellas amagan un poco su ciencia, pero solo la ocultan á medias para unir el mérito de la modestia al de su capacidad. Otras vanidades mas groseras se corrigen mas facilmente, porque se conocen luego, se les echa en cara y demuestran un caracter frívolo. Pero una muger curiosa y que se precia de saber mucho, se presume ser un genio superior á su sexo, y se complace en despreciar las diversiones y vanidades de las otras mugeres. Ella se cree perfecta en todo y nada puede curarles de su encaprichamiento; mas como ordinariamente no puede saber mas que á medias, esto le ofusca mas en lugar de iluminarla. Se precia de saberlo todo, y de todo decide apasionandose en favor de un partido contra otro, en todas las disputas que no profundiza, aunque sea en materias de religion, resultando de esto que todas las sectas nacientes han echo tantos progresos por medio de mugeres que las han insinuado y sostenido. Las mugeres son elocuentes en su conver-

sacion, y sutiles para conducir una cábula, siendo mucho menos temibles las vanidades groseras de las mugeres declaradas vanas, que aquellas serias y sutiles que forman parte del bello talento para brillar con la apariencia de un mérito sólido. Es pues imprescindible el conducir incesantemente vuestra hija á una sencillez juiciosa. Basta que ella sepa lo que contiene la religion para creerla y seguirla ecsactamente en su práctica sin permitirle jamas disputar sobre ella. Es preciso que no escuche sino la voz de la iglesia, y que siga fielmente á los que predicán su doctrina. Su confesor debe ser un hombre que edifique con la regularidad de sus costumbres, y que sea hábil en la ciencia de conducir las almas á Dios. Es menester que huya de las conversaciones de las mugeres que se mezclan seriamente en discurrir sobre la doctrina, y que se penetre bien de cuan indecente y peligrosa es esta libertad. Debe igualmente mirar con el mayor horror la lectura de libros perniciosos, sin detenerse á indagar los motivos de

su prohibicion: que aprenda á desconfiar de si misma, y á temer los lazos de la curiosidad y de la presuncion: que se dedique á rogar á Dios con toda humildad, á ser pobre de espíritu, á contenerse con frecuencia, á obedecer sin escusa, á dejarse corregir por las personas prudentes, hasta en sus juicios mas detenidos, y á callar dejando hablar á los demas. Yo prefiero que sea mas instruida en las cuentas de vuestro mayordomo, que en las controversias de los teólogos sobre la gracia. Ocupadla en la labor de un tapiz que pueda servir para vuestra casa y que la acostumbra á pasarse de la concurrencia peligrosa del mundo, pero no la permitais que discurra ó ratiocine sobre la teología con peligro inminente de su fe. Todo es perdido si ella se obstina en querer figurar un bello talento, y si se fastidia de los quehaceres domésticos. La muger fuerte hila, se encierra en su casa, calla, cree y obedece, y nunca se mete en disputas contra la iglesia.

No me queda la menor duda, Señora, de que sabreis aprovechar las oca-

siones para hacer algunas reflexiones sobre la indecencia y desorden que acompaña al bello talento de ciertas señoras para alejar á vuestra hija de este escollo; pero como de la autoridad de la madre puede pender algo de su fuerza, yo desearia que en presencia de vuestra hija, y sin que esta reparase que lo haceis por ella, hablaseis con vuestras amigas, que son señoras de un mérito conocido, para ridiculizar el caracter vano y despreciable de las mugeres que afectan ser sabias, y que manifiestan alguna inclinacion á los novadores en materia de religion. Estas instrucciones indirectas la causarán seguramente mas impresion que todos los discursos que se la hicieran á solas y directamente.

En cuanto al vestir, quisiera que procurasen inspirar á la señorita el gusto de una verdadera moderacion. Hay ciertas mugeres tan estremadas, que no pueden soportar la idea de la mediania y preferirian una reforma ruidosa renunciando á la magnificencia mas brillante, á una justa moderacion que

desprecian como una falta de gusto y como una cosa insípida. No obstante es muy cierto que nada hay mas apreciable, al paso que es muy raro encontrar un espíritu sabio y moderado que evite los dos extremos y quedando al bien parecer lo que no se le puede negar, nunca traspase los límites. La verdadera discrecion en cuanto á los muebles, equipages y vestidos, consiste en procurar que nada haya que censurar ni en bien ni en mal. Presentate bien vestida, direis á vuestra hija á fin de que no os critiquen como á una persona sin gusto, poco aseada y negligente, pero que tampoco se note en su exterior ninguna afectacion ni lujo; pareciendo en esto que tiene un juicio y una virtud muy superior á sus muebles, equipages y vestidos, de los cuales podrá servirse sin que sea su esclava. Es menester hacer entender á esta jóven, que el lujo es el que confunde todos los estados, que levanta todas las personas que se han enriquecido con mucha prontitud por medios odiosos, sobre las de una condicion la mas dis-

tinguida; que este desorden corrompe las costumbres de una nacion, escita la codicia, acostumbra á las intrigas y bajezas, y poco á poco mina los cimientos de la probidad. Tambien debe comprender que una señora por grandes bienes ó riquezas que lleve á una casa, la arruinará precipitadamente si introduce en ella el lujo que ningunos bienes bastan para sostenerlo. Acostumbradla al mismo tiempo á mirar con compasion las miserias espantosas de los pobres, y á penetrarse bien de cuan indignos son del título de hombres aquellos que poniendolo todo, no ponen coto alguno á lo superfluo mientras que niegan cruelmente lo necesario á los indigentes. Si mantuvieseis vuestra hija en un estado muy inferior al de las otras señoritas de su edad y condicion, os arriesgariais á que entibiase el amor que os profesa; porque pudiera aficionarse á lo que no podria conseguir al paso que lo admiraria de lejos en las otras, y llegaria á creerse que sois demasiado severa y rigurosa, y quizás esperaria con impaciencia el

momento de verse arbitra de su conducta, para entregarse sin rienda á la vanidad. La contendreis mucho mejor proponiendole el justo medio, que siempre merecerá la aprobacion de las personas sensatas y apreciables. De este modo le parecerá que quereis que nada le falte para el bien parecer, que no gustais de una economia indecente, que la complacéis en todo lo posible, y que solo pretendéis salvarla de caer en los excesos de aquellas personas cuya vanidad no conoce límites. Lo esencial es que nunca le permitais ninguna de aquellas inmodestias tan indignas del cristianismo, pudiendo servir de las razones de decoro é interes para auxiliar y sostener la religion en este punto. Una jóven todo lo arriesga para la felicidad de su vida si se casa con un hombre vano, voluble y desarreglado; es pues una cosa la mas esencial de ponerse en disposicion de encontrar un hombre sensato, morigerado, y de un ingenio sólido y apto para desempeñar cualquiera empleo: Mas para encontrar un sugeto de estas circunstancias, es

preciso que la jóven sea modesta y que nada presente en sí de frívolo y desatinado ; Querrá por ventura enlazarse un hombre sabio y discreto con una muger vana , cuya virtud parezca alomenos ambigua , si se juzga de ella por su exterior ?

Pero vuestro recurso principal estriba en ganar el corazon de vuestra hija encaminándola á la virtud cristiana. No la espanteis sobre este particular con una severidad inútil ; dejadla una libertad honesta y una alegría inocente ; acostumbradla á que se divierta sin peligro de su conciencia y que busque sus placeres lejos de las recreaciones contagiosas. Proporcionadla compañeras que no la perviertan y entretenimientos que no la hagan fastidiar las ocupaciones serias en que debe emplear el resto del dia. Procurad que encuentre en Dios todo lo agradable , no permitiendo jamas que lo mire como un juez poderoso é incesorable que inspecciona todas nuestras acciones para censurarlas , sugetarnos y oprimirnos en todas ocasiones. Hacedla ver cuan dulce

es, y como atiende á nuestras necesidades y se compadece de nuestras flaquezas. Familiarizarla con él como con un padre tierno y misericordioso. No la dejéis mirar la oracion como una ociosidad enfadosa, y como una mortificacion que sufre el espíritu, mientras que la imaginacion desvanecida anda errante. Hacedla comprender que solo se trata en la oracion de entrar con frecuencia dentro de sí para encontrar allí á Dios, porque su reino está en nuestro interior; se trata de hablar con sencillez á Dios á todas horas para confesarle nuestras faltas, representarle nuestras necesidades y para tomar con su auxilio las medidas convenientes á fin de corregir nuestros defectos: se trata de escuchar á Dios en el silencio interior, diciendo: *Yo oiré lo que el Señor habla á mi interior*, se trata de tomar la costumbre dichosa de obrar en su presencia y de hacer con alegría todas las cosas grandes y pequeñas; por su amor, se trata de renovar esta presencia todas las veces que se conoce ó se teme haberla perdido; y se trata de

abandonar los pensamientos que nos distraen luego que se noten, sin perturbarse á fuerza de combatir las distracciones, y sin inquietarse de su frecuente regreso. Es preciso tener paciencia consigo mismo sin incomodarse jamas por cualquiera ligereza de espíritu que se experimente. Las distracciones involuntarias no nos separan de Dios, y nada le es mas agradable que la paciencia humilde de una alma dispuesta siempre á comenzar de nuevo para volver á él. No dudeis que vuestra hija cobrará luego gusto por la oracion, si le abris bien su verdadera puerta. No se trata aquí, ni de grandes esfuerzos de ingenio, ni de rasgos de imaginacion, ni de sentimientos deliciosos; que Dios concede ó niega segun su voluntad. Cuando alguno no conoce otra oracion que la que consiste en todas estas cosas tan sensibles, y tan propias para lisongear nuestro interior, prontamente destruye su animo, porque una oracion de esta especie consume y entonces se cree haberlo perdido todo: pero decidle á vuestra hija que la oracion se parece á una

sociedad sencilla familiar y tierna ó por mejor decir, que ella es la sociedad misma. Acostumbradla pues á desaogar su corazon en presencia de Dios, á servirse de todo para sostenerla, á hablarle con confianza, del modo que se habla libremente y sin reserva, á una persona amada, y de la cual se está seguro que es perfectamente correspondida. La mayor parte de las personas que se limitan á una cierta oracion afectada estan con Dios, como se está con las personas que se miran con respeto, y que rara vez se ven por pura formalidad sin ningun amor recíproco, pues todo se pasa en ceremonias, incomodandose fastidiándose y esperando con impaciencia el momento de despedirse. Al contrario las personas que verdaderamente en el interior se hallan con Dios, como con sus mas intimos amigos, ni tienen que meditar lo que dicen porque saben á quien hablan; ni nada profieren que no salga de la abundancia y sencillez del corazon, hablando siempre á Dios de los negocios comunes que son su gloria y nuestra salvacion. Nosotros le con-

fesamos nuestras faltas que deseamos
 enmendar, las obligaciones que debemos
 cumplir, las tentaciones que nos impor-
 ta vencer; las delicadezas y artificios
 de nuestro amor propio que estamos
 obligados á reprimir; todo se lo decimos,
 y en todo nos escucha; recordamos sus
 mandamientos, subimos hasta sus con-
 sejos; ya no es un mero entretenimien-
 to de ceremonia, sino una conversacion
 libre y de verdadera amistad: entonces
 Dios es para nosotros el amigo de co-
 razon, el padre en cuyo seno el hijo
 halla su consuelo, el esposo con quien
 ya no formamos mas que un mismo es-
 piritu por la gracia. Entonces el hom-
 bre se humilla sin desalentarse, tiene
 una verdadera confianza en Dios con
 una entera desconfianza de sí mismo,
 nunca olvida la enmienda de sus defec-
 tos, ni escucha jamas los consejos li-
 songeros del amor propio. Si imprimis
 en el corazon de vuestra hija esta pie-
 dad sencilla y bien alimentada, ella hará
 grandes progresos.

Os deseo Señora &c.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS.



	Pag.
CAPÍTULO I. <i>De la importancia de la educacion de las niñas...</i>	1.
CAPÍTULO II. <i>Inconvenientes de la educacion que regularmente se dá á las niñas.....</i>	7.
CAPÍTULO III. <i>Cuáles son los principales fundamentos de la educacion.....</i>	13.
CAPÍTULO IV. <i>De la imitacion que debe evitarse en las niñas.</i>	25.
CAPÍTULO V. <i>De las instrucciones indirectas.....</i>	28.
CAPÍTULO VI. <i>Del uso de las historias para los niños.....</i>	64.
CAPÍTULO VII. <i>Del modo con que han de inculcar en el espíritu de los niños los primeros principios de la religion.....</i>	77.
CAPÍTULO VIII. <i>Instruccion so-</i>	

<i>bre el decálogo, los mandamientos, y la oracion dominical.....</i>	103.
CAPÍTULO IX. <i>Observaciones sobre varios defectos de las niñas.</i>	120.
CAPÍTULO X. <i>De la vanidad de la belleza y de los trages.....</i>	129.
CAPÍTULO XI. <i>De la instruccion de las mugeres sobre sus obligaciones.....</i>	139.
CAPÍTULO XII. <i>Continuacion de las obligaciones de las señoras.</i>	150.
CAPÍTULO XIII. <i>De las Ayas....</i>	169.
CARTA de M. de FENELON Arzobispo de Cambrai, á una señora de distincion, sobre la educacion de su hija.....	181.

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice	Debe decir.
154	11	la reina	de la reina
165	2	sencillos	sencilas
168	13	en	á
178	21	fructica	fructifica



